

A black and white photograph of a man in a suit and glasses, smiling, standing with a group of students. The man is on the left, wearing a dark suit jacket, a light-colored sweater, a white shirt, and a dark tie. He has his hands clasped in front of him. To his right, a young woman is sitting on the floor, smiling, wearing a dark turtleneck sweater. Behind them, several other students are visible, some smiling. The background is slightly blurred.

Destellos de la personalidad de un Maestro

Alberto Soriano

Mariano Oyarzábal y Rolando J.C. León
(compiladores)

Oyarzábal, Mariano.

Destellos de la personalidad de un maestro : Alberto Soriano / Mariano Oyarzábal y Rolando León.
1a ed. – Buenos Aires : Editorial Facultad de Agronomía, 2004.
160 p. ; 22x15 cm.

ISBN 950-29-0827-9

1. Soriano, Alberto-Biografía I. León, Rolando. II. Título
CDD 923.7

**Educación, ciencia y tecnología
para el desarrollo**

1904 - 2004

Facultad de Agronomía
Universidad de Buenos Aires



DESTELLOS
de la
PERSONALIDAD
de un
MAESTRO

ALBERTO SORIANO

MARIANO OYARZÁBAL Y ROLANDO J.C. LEÓN
(compiladores)

FACULTAD DE AGRONOMÍA
Universidad de Buenos Aires

DECANO

Ing. Agr. FERNANDO VILELLA

VICE DECANA

Lic. ADELA A. FRASCHINA

SECRETARÍAS

Académica

Lic. ROBERTO R. BENENCIA

Extensión y Asuntos Estudiantiles

Ing. Agr. ALEJANDRO O. COSTANTINI

Desarrollo y Relac. Institucionales

Ing. Agr. RODOLFO UNGARO

Supervisión Administrativa

Ing. Agr. ROBERTO J.C. GAVIDIA

Investigación y Posgrado

Ing. Agr. MIGUEL A. TABOADA

Asuntos Legales

Dr. RUBÉN VENOSA

EDITORIAL FACULTAD DE AGRONOMÍA

EDITOR RESPONSABLE

Ing. Agr. ANTONIO J. PASCALE

PRIMERA EDICIÓN Noviembre de 2004



Queda hecho el depósito que marca la ley 11.743

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción o uso tanto en español

o en cualquier otro idioma, en todo o en parte

por ningún medio mecánico o electrónico,

para uso público o privado, sin la previa

autorización por escrito de la editorial y los autores.

Copyright (C) 2004 - ISBN 950-290827-9



Impreso en la Argentina - Printed in Argentine

EDITORIAL FACULTAD DE AGRONOMÍA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Avda. San Martín 4453 - C1417DSE Buenos Aires - Argentina

e-mail: revfauba@mail.agro.uba.ar

Agradecimientos

*Gracias a Silvia Burkart,
Antonio Hall y Mario Ber por sus
correcciones y comentarios,
y a Luciana Porfirio por su trabajo
y asistencia durante la preparación
de las fotografías.*

Contratapa

*Alberto Soriano en el pastizal de *Festuca pallescens* al sudeste de El Calafate,
Santa Cruz, 1977*

Foto: Rolando J.C. León.



Alberto Soriano como moderador de un panel de exposiciones orales en la I Reunión Argentina de Ecología, Vaquerías, Córdoba, 1972.



Carnet de acreditación de Alberto Soriano como Profesor de la FAUBA, emitido entre 1963 y 1966.



Alberto Soriano en el auditorio de una conferencia en la I Reunión Argentina de Ecología, Vaquerías, Córdoba, 1972.

Prólogo

La idea de esta compilación nació de algunos de los estudiantes graduados del IFEVA que no tuvieron la oportunidad de compartir con Alberto Soriano la tarea docente, el trabajo de laboratorio, o el de campo. Sólo fueron testigos de su ir y venir en los últimos años de su vida y de la profunda impronta que su actividad dejó. Probablemente, han conocido algunas o muchas de sus contribuciones científicas o didácticas pero saben muy poco de su comportamiento ante las circunstancias de cada día. Ellos mismos sugirieron solicitarles a colegas, discípulos y ex-alumnos de Alberto Soriano el relato de anécdotas que ilustraran algunas facetas de la personalidad del Profesor. Nosotros tomamos esa inquietud y elaboramos esta compilación.

Dimos pautas poco precisas respecto de las probables contribuciones por lo que, a beneficio del lector, el llamado a colaborar en este homenaje motivó distintas respuestas. Algunos reprodujeron anécdotas que ilustran aspectos de la personalidad de Alberto Soriano. Otros se limitaron a describir una o dos acciones del Profesor que describen su pensamiento y actitud frente a determinadas situaciones. Y hubo otros que resumieron su relación con Alberto Soriano a través de una suerte de agradecimiento por el ejemplo que para ellos significó. También, algunos testimonios dan prueba de las reacciones desfavorables que Soriano recogió en el desempeño de su actividad profesional y docente. Quizás, esas respuestas adversas constituyen la prueba de que un intelectual auténtico resulta frecuentemente un personaje molesto para una parte de su entorno. Al respecto, es ilustrativo el mentado pensamiento de F. Schiller: "...si con tus acciones y tu trabajo no puedes complacer a la mayoría, complace a unos pocos. Que muchos las aprueben es alarmante..."¹

¹ "...Kannst Du nicht Allen gefallen durch deine That und dein Kunstwerk. Mach es Wenigen recht. Vielen gefallen ist schlimm..." Friedrich Schiller.

Además de textos inéditos hemos compilado otros que no lo eran, como los discursos pronunciados por sus autores con motivo de distintos homenajes tributados a Soriano. También, hemos incluido una corta reseña biográfica escrita por dos de sus discípulos en oportunidad del fallecimiento del Profesor y un comentario publicado en una revista dedicada a la crítica literaria que mereció el libro póstumo de Soriano (“Andanzas de un ecólogo en la Patagonia”).

En muchos testimonios aquí recogidos se puede reconocer, en la actividad didáctica y en el quehacer agronómico de Soriano, lo que el Padre Rafael Braun propuso recientemente para mejorar el nivel ético del periodismo “...más que codificar normas, hace falta suscitar personas virtuosas, con coraje. Que, aunque sean pocas, obren como un fermento en la masa, en el nivel de la cultura...”². Ese fue el rol que cumplió Alberto Soriano en su quehacer en el campo de la enseñanza de la Agronomía y de la formación de docentes e investigadores.

Una compilación como ésta puede, ser sólo un impulso de registro histórico, un ejercicio particular de evocación, o un recorte que sabe de su potencial arbitrariedad. Rescatemos que representa un intento de poner en contacto los destellos de una polifacética personalidad con un lector interesado en conocer aspectos de la vida y las circunstancias de un hombre excepcional que evidentemente no se pueden entrever en sus trabajos científicos. Fruto de una convocatoria amplia en la que se privilegió la espontaneidad por sobre la tarea planificada, esta compilación presenta ahora muchos vacíos y ciertas redundancias. No obstante, creemos que cumplirá el objetivo inicial de arrojar luz sobre aspectos de la personalidad de Alberto Soriano desconocidos por quienes no convivieron con él en la actividad de la Cátedra, o por aquéllos que eventualmente solo compartieron con él el trabajo en comisiones y reuniones científicas.

ROLANDO J.C. LEÓN Y MARIANO OYARZÁBAL

²Jorge Rouillon, La Nación 12 de octubre de 2003.

Nota

“Este texto lo escribió Soriano”. “Soriano hizo la primera descripción fitogeográfica completa de la Patagonia”. “En esta facultad funciona una escuela para graduados creada por Soriano”. Escuché frecuentemente afirmaciones como éstas mientras asistía a un curso dictado en 1996 por la Cátedra de Ecología. Naturalmente, durante el curso me intrigaba saber quién era ese tal Soriano que tanto nombraban los docentes. Luego, cuando me incorporé como ayudante, la figura de Soriano volvió a aparecer cotidianamente en boca de quienes eran sus discípulos. Coincidentemente, tanto estas referencias como aquellas afirmaciones dejaban entrever una notable impronta de Soriano, en pequeñeces o en grandezas. Más tarde, una vez que ya había conocido físicamente a Soriano y a una parte de su monumental obra, mi pregunta cambió un poco. Ahora estaba intrigado por conocer la personalidad de ese hombre delgado que lucía traje todos los días de la semana y que, entre mis compañeros de estudio, había ganado fama de severo. Cuando mi presencia en la Cátedra comenzó a ser asidua, imaginé que podría -con alguna excusa- golpear la puerta de su oficina para establecer un primer contacto. Lamentablemente, nunca me atreví a visitarlo. Entonces, mi incertidumbre acerca de su persona solo iba a poder ser removida si sus amigos, colegas y discípulos me ayudaban. Lo hicieron, aún sin ellos saberlo, y los textos aquí compilados son una prueba de ello.

MARIANO OYARZÁBAL



Trabajo práctico en el espartillar de Punta Indio, Buenos Aires. Rolando León, Alberto Soriano, Felipe Freier, y alumnos de un curso de Ecología. Año: 1959. Foto: Alberto Suero.

ALBERTO SORIANO

(1920-1998)³

El profesor Alberto Soriano falleció el 21 de octubre pasado luego de una dolorosa enfermedad que lo obligó a ausentarse de su laboratorio a partir de mayo de 1998. Soriano era Profesor Emérito de la Universidad de Buenos Aires, Investigador Superior del CONICET, director del IFEVA (Instituto de Investigaciones Fisiológicas y Ecológicas vinculadas a la Agronomía) y miembro de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria (desde 1975) y de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (desde 1981). El hecho que fuese miembro de ambas academias resalta uno de los aspectos más significativos de su trabajo, esto es que partiendo de la Agronomía haya realizado aportes originales y fundamentales a varias ramas de la biología. Soriano estaba convencido de que la Agronomía progresaría en la medida que progresaran los conocimientos acerca de los principales procesos fisiológicos y ecológicos de los ecosistemas. Este interés por comprender el funcionamiento de agroecosistemas tan disímiles como los cultivos o los pastizales naturales resultó en contribuciones fundamentales para la Botánica, la Fitogeografía, la Fisiología Vegetal, la Ecofisiología, y la Ecología. Su pasión por la investigación de preguntas tan diversas fue acompañada por una gran pasión por la enseñanza. Soriano formó más de 50 discípulos e influyó decididamente en la carrera de un número mayor de alumnos a través de diferentes cursos de grado y post-gradó en diferentes Universidades.

Alberto Soriano se graduó en la Facultad de Agronomía UBA en 1942 con medalla de oro. Fue ayudante de la Cátedra de Fisiología Vegetal y Fitogeografía y más tarde (1945 y 1946) profesor de Botánica y Fisiología

³Texto publicado en el Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica 34 (1-2):125-126, 1999.

Vegetal en la Universidad del Litoral, en Corrientes. Entre 1948 y 1956 fue técnico del Instituto de Botánica del Ministerio de Agricultura y Ganadería, y durante 1956 y 1957 Jefe de la División Ecología y Fito-geografía del mismo Instituto. Finalmente, en 1957 fue nombrado Profesor Titular de la Cátedra de Fisiología Vegetal y Fitogeografía en la Facultad de Agronomía, UBA, su lugar definitivo de trabajo.

Sus trabajos de investigación iniciales los realizó en el área de la botánica taxonómica bajo la supervisión de Lorenzo Parodi. Nos parece oportuno reproducir un párrafo de A. Soriano sobre algunas características sobresalientes de su maestro que él supo reproducir con acento propio a lo largo de su larga carrera docente. *“Parodi fue el profesor que más lograba entusiasmar, en general, a los estudiantes con alguna inclinación que no fuera puramente profesionalista. Sus ejemplos, las anécdotas que refería y sobre todo la certeza que transmitía acerca de la relación estrecha que guarda la agricultura con la ciencia, nos mostraban un mundo que iba mucho más allá de aprender nombres de plantas o descripciones de órganos y tejidos. Como todo buen pedagogo enseñaba principalmente con el ejemplo. No necesitaba dar peroratas didácticas. Contagiaba su entusiasmo, su curiosidad, su afán por observar los hechos que nos rodean, y predicaba con su gran modestia”*.

Parodi lo interesó probablemente en aquel primer trabajo sobre viviparidad en acelga silvestre, que realizó siendo alumno, al igual que el relacionado con las especies del género *Suaeda* (publicados en 1940 y 1942). Pero el Maestro seguramente no imaginó que los siguientes ocho años de dedicación al estudio de las Quenopodiáceas nativas, le permitirían descubrir, al investigador en formación, ese territorio que lo apasionó y ocupó, durante más de medio siglo: la Patagonia.

La descripción de una nueva familia, las Halophytáceas, y la del género *Benthamiella* alternarían con sus primeras contribuciones fitogeográficas sobre la Patagonia, que incluirían su tesis sobre la vegetación de Chubut calificada como sobresaliente en 1949. La Asociación para el Progreso de las Ciencias y la Sociedad Anónima de la Patagonia financiaron parte de los viajes de la década del 40. Por otra parte, las Fundaciones Guggenheim y Rockefeller le permitieron iniciarse en el estudio de la ecofisiología de las plantas de ambientes áridos, en el Instituto Tecnológico de California bajo la Dirección del Prof. Frits W. Went (1950-1952).

En este momento la vocación de Soriano se confirmó a juzgar por sus dichos de 1993: *“Después de Parodi, Frits Went y la atmósfera de CalTech*

de los años 50 me afirmaron en mi predilección por una vida ocupada en tratar de dilucidar fenómenos y mecanismos que ocurren en la naturaleza y que tienen que ver con la agricultura en su sentido más amplio”.

Un aspecto importante de la primera descripción fitogeográfica completa de la Patagonia, realizada en 1956, fue el claro enfoque ecológico del trabajo al describir separadamente el efecto del uso pecuario sobre la heterogeneidad de la región. Sobre la base de una red de clausuras al pastoreo establecidas en distintos ecosistemas patagónicos en 1954 obtuvo los primeros datos sobre el efecto del pastoreo sobre vegetación y suelos. Su interés por comprender los ecosistemas patagónicos se cristalizó no sólo en una investigación de gran originalidad para esa época y nuestro medio, que relacionó la estructura con el funcionamiento de las estepas patagónicas, sino también en algunas de las líneas de investigación que dirigió durante toda su vida: la economía del agua en las plantas y los procesos de germinación.

Durante la década del 60 consolidó su interés por estudiar las malezas de los cultivos desde una perspectiva fisiológica y ecológica. Él y su grupo estudiaron tres especies de malezas que fueron utilizadas como modelos de estrategias de invasión y perpetuación: chamico (*Datura ferox*), el pasto puna (*Stipa brachychaeta*) y el sorgo de alepo (*Sorghum halepense*), con resultados que tuvieron inmediata aplicación tecnológica.

Durante los 70's lideró los esfuerzos por caracterizar la productividad de los pastizales en Argentina (Pampa Deprimida y Estepa Patagónica) dentro del marco del IBP (International Biological Program). A principios de los 80 lideró los dos emprendimientos que coronaron su carrera. Primero, el Programa de Productividad de Sistemas Agropecuarios (PROSAG) del Conicet. El programa funcionaba en la Facultad de Agronomía y reunía, principalmente, a un grupo de investigadores de la UBA y del Conicet, la mayor parte de los cuales habían sido sus discípulos. El PROSAG fue el antecedente del Instituto de Investigaciones Fisiológicas y Ecológicas Vinculadas a la Agricultura (IFEVA). El segundo, fue la creación de la Escuela para Graduados en la Facultad de Agronomía, y de la cuál fue director hasta fines de 1997.

Los últimos 10 años de su vida Soriano siguió trabajando activamente en la enseñanza y la investigación en Ecología y Ecofisiología. La agronomía de esta última década se ha caracterizado por un cambio del paradigma “productivista” por el paradigma de la “sustentabilidad”. En este nuevo escenario Soriano renovó su predica, iniciada en 1950, en favor del estudio de procesos

ecológicos como una manera de llegar al diseño de manejos racionales de los agroecosistemas. Durante los últimos años volvió a las exploraciones de la flora patagónica. Esta vez el objetivo de su proyecto era identificar y domesticar nuevas especies vegetales con la idea de encontrar nuevas alternativas productivas para áreas marginales para la producción agropecuarias. En este sentido, y reconociendo la responsabilidad que le cabe a los agrónomos en la resolución de este problema instrumentó la creación de dos nuevas áreas en la Escuela para Graduados de la Facultad: el Programa de Sistemas de Producción Agrícola para Áreas de Subsistencia y el Programa de Acuicultura.

Soriano tuvo una profunda influencia sobre sus colaboradores más cercanos y sus alumnos. Como colaboradores, Soriano nos incentivó a ser creativos, responsables, auténticos y exigentes con nosotros mismos y con los demás. Una de sus características más notables fue haber sabido motivar a aquellos alumnos que mostraran un interés genuino en la investigación o la docencia, y la capacidad de trabajo suficiente para obtener frutos de esa vocación. Nunca influyó, en su acercamiento de maestro, el origen social ni las convicciones religiosas o políticas del alumno.

Uno de sus ex-alumnos, que se desempeñó como Decano durante dos períodos resumió, tal vez mejor que nadie, las sensaciones que Soriano despertaba en quienes lo rodeaban: “Soriano, para mí, fue sucesivamente un respetado temor de mis tiempos de estudiante, un inquietante parámetro cuando fui docente y un feliz descubrimiento cuando fui Decano” y la certeza que experimentamos frente a su fallecimiento los que lo conocimos muy de cerca: “... creo que Soriano es de esas pocas personas de las que podemos decir que no se entierran, sino que se siembran”.

Aquellos de nosotros que tuvimos la oportunidad de compartir el trabajo de campo y de laboratorio, las clases de grado y postgrado y las discusiones académicas o de pasillo en el mismo ámbito de trabajo, hemos podido enriquecernos también con otros aspectos de la personalidad de Alberto Soriano. Los más notables tal vez fueron su versación literaria (frecuentemente leía en el idioma original), sus amplios conocimientos musicales que le permitían abrir juicio certero sobre directores de orquestas, solistas instrumentales o vocales, su curiosidad por los fenómenos sociales o religiosos, históricos o actuales. ¿Quién de nosotros no se ha visto motivado para leer un cierto autor o una determinada poesía o escuchar un Lied aún desconocido siguiendo su consejo? Los 12 últimos años nos mostraron a un Soriano nuevo que la Providencia enfrentaba con un evento doloroso, la enfermedad de Perla. A las

actividades habituales (sólo interrumpió las salidas de Buenos Aires de más de una o dos jornadas) agregó su interés científico por toda novedad relacionada con el mal de Alzheimer y el solícito cuidado personal de su esposa.

Por todo eso recordaremos con profundo afecto y respeto a Alberto Soriano. Su energía para el trabajo, una curiosidad infinita por comprender los fenómenos de la naturaleza, una gran amplitud para discutir el “fenómeno humano”, y su tremenda generosidad intelectual nos van a acompañar en el futuro.

ROLANDO J.C. LEÓN Y MARTÍN R. AGUIAR
Departamento de Ecología e IFEVA
Facultad de Agronomía, UBA

Anécdotas

I

A comienzos de la década de los '90, el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires decidió conceder el título de *Doctor Honoris Causa* a aquellos profesores que se hubieran destacado por su labor académica y científica y que no poseyesen título de Doctor por no existir el Doctorado en sus disciplinas o áreas del conocimiento cuando realizaron parte sustancial de su carrera docente universitaria.

De regreso de la reunión del Consejo Superior en la que se votó la resolución que incluía, por la Facultad de Agronomía, a Alberto Soriano, me comuniqué con él -como Decano- para contarle la noticia.

Soriano me agradeció la noticia y el llamado y, de inmediato, agregó:

-Esto me hace acordar a un dicho de mi madre andaluza: "como están los dones tan baratos, he decidido ponerle a mi burro, Señor Don Asno".

No pude dejar de pensar que ese día Soriano había sido más él que él mismo...

En otra oportunidad, salíamos con Soriano de una reunión de éstas en las que él escuchaba pacientemente explicaciones sobre temas que dominaba más que los expositores, cuando lo abordó un ex-alumno de la Facultad con profusión de halagos y demostraciones de afecto. Era uno de aquéllos que, en célebres sentadas frente al Pabellón de Botánica, habían pedido su expulsión veinte años antes.

Cuando salimos del lugar, Soriano (de quien siempre estuve agradecido por el afecto y confianza que me dispensaba) me comentó:

-Entiendo menos porqué me quiere tanto ahora que porqué me quería tan poco antes...

Espero que al recordar estas dos anécdotas, sonría tomando un té de Marcela en el Cielo.

CARLOS MÜNDT

II

30 de octubre de 1984. El profesor de Macramé

Ese día nació mi hija Magdalena. Yo estaba en el aula grande de Bioquímica participando de una jornada sobre "el perfil del ingeniero agrónomo", cuando Graciela Rusch, mi compañera de escritorio, me avisó que debía ir a casa pues el nacimiento era inminente. En la reunión habló Soriano. Lo recuerdo bien por Magdalena, pero también porque habló del profesor de Macramé.

Era una jornada de debate propuesta por alguna organización de estudiantes. Les preocupaba el perfil de profesional que la facultad formaba. Les parecía que había que definir el perfil que queríamos y posteriormente diseñar la carrera con la apropiada mezcla y secuencia de materias que podía, al final del camino, producir tal profesional. Hablaron varias personas que he olvidado. Algunos, del ambiente profesional, contaban sus necesidades de conocimientos. Otros, del ambiente académico, presentaban formas en que un nuevo plan de estudios podía dar con el perfil deseado.

Soriano, en cambio, minimizó la preocupación por un perfil nítido, dibujado mediante un contorno de materias, conocimientos y bolillas. A él le parecía que los rasgos de ese perfil debían ser difusos, trazados con habilidades intelectuales. El mundo tan cambiante que enfrentaríamos no nos iba a exigir los conocimientos particulares que pudiéramos haber incorporado durante la carrera universitaria, sino que nos pediría capacidad para analizar problemas, resolverlos con el mayor rigor posible, comunicarse con el mundo del conocimiento, comunicar a otros nuestro conocimiento.

No recuerdo si fue alguna pregunta del público o nuestra cara de incredulidad lo que llevó a Soriano a recurrir al profesor de Macramé.

Nos dijo que para que los profesionales adquirieran el perfil que él acababa de delinear no era tan importante si una carrera tenía tal o cual materia, si la materia tenía tal o cual contenido. Lo que realmente importaba era que quienes enseñaban tenían que ser docentes con mucho entusiasmo y con un gran desarrollo de las habilidades intelectuales que el profesional debía llevarse de la facultad. Que si por algún extraño devenir de los acontecimientos, la facultad se encontraba con que tenía un profesor de Macramé que era capaz de transmitir a sus alumnos un apasionado entusiasmo por lo que hacía y que, mientras les enseñaba Macramé, les enseñaba a pensar de una manera extraordinaria, Macramé tenía que ser una cátedra que dictara una materia obligatoria.

En ese momento, yo no sabía qué era el macramé. Imaginé que era alguna manualidad, pero me incliné por alguna técnica de cocina, ¿o quizás sería la versión francesa del ikebana?, pero capté la idea. Ahora que lo sé, me divierte aun más imaginar la clase con unos veinte estudiantes, algunos bastante de campo adentro, manejando hilos y puntos. En medio está el profesor entusiasmado, que les enseña a pensar para que, al final del camino, sean los mejores agrónomos. Y frecuentemente me distraigo con esa imagen ante distintas situaciones: cuando al más alto nivel directivo de la facultad discutimos planes de estudio, cuando en la cátedra nos enredamos en interminables discusiones para dirimir si Competencia va antes o después de Herbivoría, o cuando en la intimidad de la media hora antes de ir a clase todavía no he resuelto lo que voy a hacer. Lo que hagamos con el plan de estudios, con el orden de los temas, con mostrar una transparencia o contar tal ejemplo es nada al lado de qué somos quienes somos al frente de nuestras clases.

Magdalena se hizo esperar hasta las diez de la noche. Ahora va a cumplir 18. El año que viene empieza la universidad. Si al menos se topara con un profesor de Macramé...

MARTÍN OESTERHELD

III

Mucho más que ciencia

Yo no trabajé ni fui discípula directa del Ing. Soriano, pero sí debo reconocer que aprendí de él una lección vital. Y allí es donde lo encontré maestro.

Estaba yo cursando cuarto año de la carrera de Agronomía y era ayudante alumna de la Cátedra de Fisiología Vegetal y Ecología, trabajaba con Marta Carceller en estrés hídrico. Los ayudantes por ese entonces hacíamos tareas generales de colaboración en la Cátedra. Ese año, entre otras cosas, me correspondía confeccionar las innumerables fichas bibliográficas de las citas que marcaba Soriano. Yo estaba teniendo problemas serios de salud. Creo que fue en octubre que los médicos determinaron internarme dos días para hacer un estudio detallado. Me diagnosticaron una enfermedad crónica. Además de la lista de medicamentos que ahora debía tomar diariamente de por vida, sin olvidarme, tenía otra lista de las actividades que podía y que no podía hacer más a partir de ese momento. Sin embargo, la vivencia más compleja era mi temor frente a esta situación.

Los cursos seguían y yo no podía faltar a clases. Volví a mis materias y también a las fichas de bibliografía. En ese momento la Cátedra tenía un estilo más familiar y supongo que alguien le habría comentado a Soriano mi situación. Cuando conversamos, me preguntó como estaba. Yo le dije que bien -¿qué otra cosa le podía decir?-, pero seguro que también le transmití mi confusión. Él me hizo este planteo:

-Alejandra, frente a situaciones difíciles uno tiene opciones. Las puede ver como un problema o como un desafío. Los problemas son generales, todos tenemos problemas para hacer las cosas y son más o menos generales, pero los desafíos son particulares- Y agregó:

-Vos vas a tener que enseñarnos como se resuelven los mismos problemas para hacer las cosas con el desafío de estar enferma.

Eso es todo lo que yo recuerdo que hablamos esa tarde. No es extraño que Soriano se haya dado cuenta que estaba desorientada en ese momento. Lo sorprendente es que en esa circunstancia haya sido capaz de ayudarme a ponerme de pie. Haciéndome ver que había formas de seguir adelante. Muchas veces he vuelto, y aun vuelvo, al escueto recuerdo que tengo de esa conversación y la reconozco como una muy particular lección de sabiduría para mí.

Pasaron los años y aceptando mi desafío, completé la carrera de Agronomía, luego el doctorado, y también me fui a hacer un posdoctorado al exterior, volví y Soriano era siempre quien me preguntaba como estaba mi salud. Pero un día fue él quien enfermó y entonces comencé a devolverle la inquietud por su salud, con el mismo cuidado que siempre había tenido conmigo.

Cuando ya estaba muy enfermo, quiso que le mostrara como usar un programa para hacer presentaciones visuales. Hubo unas idas y vueltas de mensajes electrónicos, con preguntas y respuestas. Y me pidió que fuera una tarde a verlo, se encontraba en cama y trabajaba en su casa. Quería mostrarme una presentación para la Escuela para Graduados. Surgieron comentarios y trabajamos un rato juntos. Cuando yo ya me estaba por ir, Soriano completó -me gusta pensar que fue así- la conversación de años atrás-. Me dijo:

-Alejandra...es todo un desafío estar enfermo.

Y volví esa tardecita en el tren pensando que era increíble lo que me había pasado... Y me sentí privilegiada por lo que yo había recibido del ser humano que era Soriano. De su sabiduría, me di cuenta que en el camino de aprender a hacer ciencia, yo había aprendido mucho más.

ALEJANDRA MELLA

IV

Fui becaria bajo la dirección de Soriano entre marzo de 1985 y marzo de 1989. Lo que aprendí de él en los aspectos científicos y académicos podrían llenar varias carillas y no resultarían más que obviedades, considerando lo joven e inexperta que era yo en ese entonces y la grandeza de mi Maestro. Lo que sí creo oportuno compartir son algunas pequeñas experiencias que modificaron para siempre mi forma de enfrentarme con el mundo.

Podría describir a Soriano como un maestro constante: cada reflexión suya podía ser capitalizada como una instancia de aprendizaje. Las cosas más simples pasaban por el tamiz de su ojo crítico y su mente brillante, y adquirían automáticamente una trascendencia inimaginable. El único requisito para que la interacción fuera fecunda era que su interlocutor estuviera alerta y receptivo.

Cuando evoco a Soriano, mi mente se transporta principalmente al mágico escenario patagónico de las parcelas de Río Mayo. En un par de viajes que compartimos tuve la oportunidad de estar a su lado durante largas jornadas y comprender la inmensidad de su habilidad de trabajo, su inagotable capacidad de asombro y la constante expresión de su genialidad.

Los días a campo en Patagonia me resultaban realmente duros. Cuando nuestro trabajo incluía mediciones al amanecer, yo no podía hacer otra cosa que pensar cómo era posible que hiciera tanto frío que mis medias de lana y mis gruesos borceguíes forrados no fueran capaces de impedir que los dedos de mis pies se entumecieran. O cuando durante el verano debía enfrentar aquella dura combinación de calor y viento, me preguntaba cuánto tiempo iba a aguantar sin desmayarme. Soriano, en cambio, parecía no sufrir ni el frío ni el calor. Todo el tiempo cantaba fragmentos de óperas y no perdía nunca su agilidad, ni siquiera cuando debía caminar en contra del poderoso viento patagónico. Y

cuando, al final del día, el trabajo finalizaba y yo caía extenuada, él se demoraba un tiempo adicional y se iba a caminar tranquilamente entre las poas que, según él, a esa hora se volvían rosadas. De a poco fui comprendiendo que Soriano había logrado una especie de fusión con el paisaje y que sólo si yo podía lograr una compenetración similar iban a aclararse mis ideas e iban a surgir rutas concretas por donde mis investigaciones debían avanzar. Hoy, muchas veces, al caer la tarde y terminar con el trabajo en mis experimentos me quedo contemplando las parcelas. Obviamente, no acuden a mi mente ideas tan formidables como las que se le ocurrían en aquellos momentos a Soriano, pero la observación tranquila de las plantas, fuera de la vorágine de las mediciones, me permitió formular muchos interrogantes valiosos y comprender la relevancia de muchas de las cosas que estaba haciendo.

Otra de las enseñanzas que recibí en aquellos viajes fue que hasta lo más simple y cotidiano merecía ser examinado con sentido crítico. Una noche, Soriano y yo regresamos a la casa antes que el resto del grupo, que debía realizar mediciones nocturnas. Yo comencé a preparar la cena y Soriano decidió hacer el postre: no estaba demasiado familiarizado con el procedimiento y decidió leer atentamente las instrucciones que estaban al dorso: "...mezcle el polvo contenido en el envase con un litro de leche, coloque sobre fuego moderado y revuelva constantemente hasta que hierva...". Mientras leía las instrucciones, Soriano frunció el ceño y se preguntó, en voz alta, por qué era necesario revolver constantemente. Yo -me avergüenza un poco confesarlo- me quedé atónita. Las instrucciones habían sido escritas por el fabricante del postre: ¿por qué estaría mal alguna de ellas? ¿Por qué no seguirlas ciegamente? Si decía "revuelva", ¡había que revolver! Pero al reflexionar por qué ese detalle en particular había capturado su atención, me di cuenta que era un paso fundamental que, de no ser respetado, iba a transformar el postre en un absoluto fracaso. Incluir un paso importante en el instructivo era fundamental, y también lo era enfrentarse a ellos con sentido crítico para poder evaluar las consecuencias de omitirlo. Por supuesto, cuando logré salir de todas esas cavilaciones, el postre ya estaba listo, sin grumos y con perfecta consistencia. Cocinar nunca volvió a ser lo mismo para mí. Y armar un protocolo, diseñar los métodos para un experimento o leer críticamente procedimientos ideados por otros, tampoco lo fue.

El otro escenario en el que aparece Soriano en mis recuerdos es su oficina, atiborrada de papeles, donde las cosas no siempre estaban en

su lugar pero indefectiblemente aparecían. Muchas veces estuve en esa oficina discutiendo proyectos y resultados, pero en dos circunstancias particulares, tal vez las más importantes para mí a nivel personal durante aquellos años, tuve que juntar mucho coraje para golpear su puerta. Las dos veces, Soriano al verme descubrió mi cara de terror y rápidamente quitó los libros que ocupaban el único banquito de la oficina y me acompañó a sentarme. La primera vez fue a menos de un año de comenzada la beca, cuando quedé embarazada. Yo había estado noches enteras pensando en cómo enfrentar la situación. Viajar se iba a volver imposible y no había manera de concretar el proyecto; entré convencida de que iba a tener que renunciar. Muy diferente a cómo yo había imaginado su reacción, Soriano me felicitó con una gran sonrisa y solo me dijo:

-Esas cosas pasan porque uno está vivo- y con su incomparable capacidad para solucionar problemas rápidamente ideó cómo darle continuidad al proyecto de manera muy sencilla. Las piezas del rompecabezas se ordenaron fácilmente; siempre había una salida: sólo había que tranquilizarse para verla.

Nuevamente desnudé mi alma ante él tres años después, en esa misma oficina, sentada en el viejo banquito. Cuando decidí que ya no quería seguir trabajando en Fisiología, yo misma no podía entender bien los motivos. No encontraba ningún argumento racional para explicar mi necesidad de dejar de trabajar en el mejor instituto de agronomía del país, junto al más grande de los grandes, para enfrentar un futuro incierto y, seguramente, menos provechoso profesionalmente. Sin argumentos, pretextos ni convicciones, fui a verlo. Por supuesto, él sabía desde hacía tiempo que yo debía modificar mi rumbo y, con esa inmensa paz que transmitía, ordenó el caos de mis pensamientos y permitió que yo pudiera ver claramente qué era lo que tenía que hacer. En dos minutos logró que cada miedo, proyecto, frustración o expectativa que desordenadamente flotaba en mi cabeza decantara y se ordenara de manera que la solución pareciera obvia. Nunca, desde entonces, sentí miedo de enfrentar mis falencias ni de comunicar mis decisiones con convencimiento. Cuando me fui de la Cátedra hacia el lugar en donde trabajé desde entonces, Soriano me dio solo dos consejos valiosos. Pero no me atrevo a hacerlos públicos ahora: demasiado frecuentemente echo mano de ellos para solucionar los problemas y seguir adelante.



Encuentros con un hombre notable

Sebald comenta, al referirse a la memoria, que Stendahl sufría al no poder recordar detalles del cruce de los Alpes durante la campaña militar junto a Bonaparte. Aquellos momentos vividos cuando él tenía menos de 20 años habían parecido tan impactantes que difícilmente él (Stendahl) hubiese pensado que podía olvidarlos varios años después. Yo conocí a Soriano en 1980 y como docente de la Cátedra trabajé con él hasta su muerte, tanto en la Facultad como en el campo, en docencia como en investigación, cerca y también más alejado. Me es fácil reconocer que muchos de los momentos compartidos con él tempranamente en mi carrera académica han marcado fuertemente mi forma de entender, pensar y actuar. Muchos de los momentos que compartí junto a él perduran, estoy seguro, dentro de mí, pero aislar alguno peculiar (cómo lo han solicitado los editores) es muy difícil y poder relatarlo con algún detalle más difícil aún. La cita de Sebald sobre la memoria me exige de dar alguna explicación. En cambio, recuerdo con más detalle algunos hechos ocurridos en los últimos años de su vida. Mi decisión final ha sido rescatar “retazos interpretados” de esa primera etapa de mi trabajo con él y al mismo tiempo recordar y presentar de manera sencilla dos historias ocurridas hacia el fin de nuestra interacción.

Mis primeros pasos en la Cátedra ocurrieron en el laboratorio de Rolando León. Yo, junto a otros alumnos de Ecología, trabajaba los viernes en el laboratorio Sachs. Raramente iba al edificio dónde estaba la oficina de Soriano, sin embargo, recuerdo que él aparecía frecuentemente por la oficina de Rolando o por el Sachs a conversar. Muchas veces las conversaciones giraban alrededor del viaje que Soriano acababa de realizar a Río Mayo. Me parece que, en general, las charlas eran con gran entusiasmo. Nos saludaba con afabilidad y rápidamente se

enfrascaban en la charla. Yo recuerdo que me era difícil explicar cómo su persona, en realidad todo el grupo de Fisiología, podía tener tanta fama de “jodido” dentro y fuera de la facultad⁴. Algunas personas que habían estudiado Agronomía se sorprendían de que yo trabajara en la “Cátedra de Soriano”. Las historias de exámenes rigurosísimos (en algunos casos malvados) protagonizadas por Soriano contrastaban con mis experiencias de los viernes. Los dos cursos que había tomado con el grupo (Fisiología Vegetal y Ecología Vegetal y Fitogeografía) habían sido rigurosos, pero muy buenos e intensos. Soriano no había sido mi docente, pero su nombre estaba en una gran cantidad de textos que yo había estudiado. Recuerdo en particular el capítulo introductorio del curso de Ecología (teoría de sistemas, sistemas ecológicos y sistemas agronómicos) y el de ecología de malezas. El segundo había sido revelador (¡y lo sigue siendo!). Estaba impregnado con la perspectiva de cambio en tiempo ecológico y evolutivo. En fin, que pasaba unos viernes de trabajo motivantes y divertidos en los que empezaba a conocer a Soriano (y a Rolando que era mi tutor).

Al empezar a trabajar a desempeñarme como Ayudante de primera mi relación con Soriano se intensificó pues me incorporé al grupo que hacía experimentos en el campo experimental del INTA Río Mayo (Chubut). Así comencé a trabajar con sus ideas. Eso significaba que tenía charlas frecuentes en su oficina y quizás más importante (para mí) empecé a viajar asiduamente a la Patagonia con Soriano y con colegas de mi misma cohorte (Golluscio, Paruelo, Núñez). Estos viajes fueron clave en mi formación pero no puedo aislar algún episodio singular. Eran viajes (todos) de mucho aprendizaje y de una actividad febril. Observaciones, formulaciones de preguntas, diseño de muestreos, análisis de los datos, discusiones, y... otra vez al campo. ¡Eran vertiginosos! Soriano nos acompañaba, generalmente en silencio, y creo que lo pasaba bien. El Jefe no dejaba de sorprendernos. Corría saltando los coirones trayendo una hoja de *Poa ligularis* a la Bomba de Schölander para medir su potencial de agua o pasaba largas horas sentado alrededor de un coirón expurgando el material muerto o desenterrando trampas de raíces. En la casa del casco que nos alojaba, al atardecer, mientras algunos cocinaban, otros miraban los datos o preparaban cosas para el día

⁴Más adelante indico una interpretación probable de este fenómeno.

siguiente, él redactaba y revisaba protocolos experimentales de sus mediciones⁵. En el medio de todo, teníamos largas discusiones acerca del trabajo matizadas con relatos de Soriano sobre la universidad y el CONICET. Sin darnos cuenta, y probablemente imitando, transcurrían nuestras primeras horas en la disciplina de la investigación de campo trabajando codo a codo con él. Por sobre todo rescato de aquellos viajes la disciplina de trabajo, el ingenio para preparar herramientas o diseñar experimentos y la curiosidad. Para mí, aprender a usar la curiosidad fue, quizás, lo más importante. Teníamos (el grupo de ayudantes y él) jugosas charlas en las que confrontábamos observaciones de campo y explicaciones posibles. En algunos casos llegábamos al diseño de experimentos, como cuando decidimos tratar de averiguar cuánta era el agua que retenían las piedras o evidenciar y estudiar las consecuencias del humedecimiento del suelo superficial durante la noche. Soriano seguía nuestros progresos con el estudio de la “marcha diaria”, como identificábamos a este estudio. Con el tiempo él dejó de viajar pues Perla, su esposa, había enfermado y cada uno de nosotros se vió obligado a trabajar en los experimentos relacionados con la maestría. El tiempo que dedicábamos a curiosear en grupo la “historia natural” se redujo.

En la cátedra la interacción con él era diferente pero también impactante. Por esa época la cátedra comenzó a recibir *Current Contents*, una revista semanal que publica los índices de las revistas científicas en un área de interés científico determinada y, que además publica las direcciones de los autores. El primero en leer la revista era Soriano y luego circulaba por los profesores y finalmente por los becarios y ayudantes. Soriano, y los otros profesores también, hacían marcas al lado de los trabajos en los que estaban interesados para que la secretaria mandara a pedir una separata de ellos. A nosotros, las marcas de Soriano nos ayudaban a encontrar más fácilmente trabajos que podían tener interés⁶. No sé que le pasaba al resto de la cátedra, pero a mí no dejaba de sorprenderme la amplitud de sus intereses. Desde cosas generales sobre Biología, Comportamiento, Fisiología, Ecología, Agronomía, Edu-

⁵Esta dinámica aún sigue operando en los viajes actuales de los que participo y no deja de maravillarme lo gratificante que es la vida en la “casa de Río Mayo”.

⁶La publicación llegaba aproximadamente una vez por semana e incluía no menos de 50 índices de revistas y libros. Finalmente las marcas nos permitían saber quien ya había pedido el trabajo y podíamos entonces fotocopiarlo.

cación, Ética. Yo a veces tenía la idea que él estaba dejando pistas para todos los que trabajábamos en la Cátedra, que por esa época ya éramos muchos. Era una forma de participar en nuestro trabajo. Era como un director de orquesta que sutilmente daba señales a los músicos. Es probable que si estudiásemos su trabajo sobre los *Current Contents* encontraríamos que la densidad de marcas de Soriano fuese más alta que la de cualquier otro lector y también más diversa. También es probable que si hiciésemos un ensayo de asociación encontraríamos que las marcas de muchas personas estaban asociadas a las de Soriano (asociación estadísticamente significativa). Y sin embargo, las marcas de Soriano no estarían asociadas a las de nadie en particular. Para mí este trabajo era un índice de su gran curiosidad. Por otro lado, me llamaba la atención el altruismo que yo veía en este comportamiento. Si bien uno espera que los docentes e investigadores, a medida que progresan en la carrera, tengan un comportamiento altruista hacia la gente que está a su alrededor (sobre todo a los más jóvenes), este no es un comportamiento generalizado en un medio en donde el prestigio personal puede determinar que los investigadores se dediquen solamente a la gente de su grupo de trabajo. Que Soriano procediera de esa forma era, junto con otras señales, un claro índice de que él veía en el altruismo una de las claves para el crecimiento del grupo completo. En el futuro, algún estudiante de historia podría revisar los *Currents* que están en la secretaría y hacer el estudio que propongo. Yo creo que aprenderíamos mucho sobre su personalidad.

Soriano no sólo enviaba los pedidos de separatas, creo que las leía en una proporción significativa. El estaba muy actualizado y eso era sorprendente y formativo para nosotros (los más jóvenes). Su interés particular eran los sistemas agrícolas, los agroecosistemas, pero su aproximación hacia ellos, como indiqué arriba, se nutría de los avances del conocimiento en todas las ciencias biológicas y de la tierra. En ese sentido entender los mecanismos que producían las respuestas era vital pues permitía planificar manejos y predecir las respuestas del sistema a los manejos. En alguna medida creo que esta forma de ver la agronomía era distinta de la de nuestro ambiente agronómico en Argentina. La gente que trabaja en el campo valora mucho la experiencia que da el contacto directo con el sistema agrícola. Valora mucho la aplicación de la tecnología producida en otros países (otros ecosistemas). Está más predispuesta a privilegiar el resultado económico instantáneo más que

el de largo plazo. Y en general, está más dispuesta a hacer una ingeniería que solo tenga en cuenta un sistema sencillo en el que sólo ocurren los procesos que se manipulan. Soriano en cambio proponía una visión amplia que incluía el estudio de la idiosincrasia de cada sistema, el desarrollo de manejos ajustados a esa idiosincrasia y una perspectiva que incluyese el mediano y largo plazo. Esta visión estaba explícita en el capítulo introductorio de la guía del viejo curso de Ecología para la orientación Fitotecnia de la carrera. Ahora, puedo imaginarme que su visión debe haber sido causal de choques con el ambiente general de la agronomía de los '60 y '70 en más de un curso, un examen, una reunión en comité o una junta asesora o evaluadora.

Terminado el relato de los "retazos interpretados de memoria", paso a referir dos anécdotas que ocurrieron hacia el final de su vida y que sí recuerdo con algún detalle. La primera fue durante la redacción de un trabajo que él había escrito sobre la sustentabilidad de agroecosistemas. El me había ofrecido que yo lo ayudara con la edición final y el armado de figuras. El trabajo tenía un final que me sorprendía y gustaba, por igual. Soriano incluía una serie de propiedades ecológicas que hacían a la sustentabilidad. Y luego desarrollaba el concepto que la sustentabilidad de los agroecosistemas tenía otras propiedades que derivaban de su carácter económico-social. Yo le indiqué que necesitábamos incluir algunas propiedades que derivaban directamente de este carácter. Y le propuse incluir aspectos crediticios y financieros, relaciones costo-precio del producto, etc. El me miró, pensó un rato y se despachó con un párrafo entero que incluía esas propiedades: *ila equidad, la solidaridad y la asociatividad!* Yo miraba entusiasmado como escribía un nuevo texto sobre el manuscrito sin dudar una sola vez. Yo no entendía cómo había hecho para hallar tan rápidamente estas propiedades que sonaban más a virtudes de toda la sociedad que a propiedades de los agroecosistemas. El contenido ético que le daba al trabajo me dejó sin palabras. El párrafo no se volvió a editar y allí está con toda su potencia.

La segunda anécdota es más sencilla, casi mínima, pero que lo pinta tal cuál era. Ocurrió poco antes de que dejara de venir a trabajar a la oficina por el cáncer. Un lunes lo fui a ver para preguntarle qué sabía de un filósofo llamado Wittgenstein. El domingo anterior había leído un artículo sobre él en el diario. Algunos años antes había visto una película sobre el mismo personaje. En realidad, como yo sabía que el Jefe sabía

de filosofía busqué el atajo para que me comentará su opinión y una síntesis de cuál era el aporte de Wittgenstein a su especialidad. El Jefe me miró y me dijo que en realidad no sabía mucho. Seguimos charlando de otras cosas. A las semanas encuentro en mi casillero de correspondencia un ejemplar del *Tractatus* de Wittgenstein. Adentro había un papelito amarillo que decía "Para que lo conserves. A. Soriano". El Jefe me había entregado, una vez más, la pista para iniciar el recorrido y así contestar mi pregunta. Lo había hecho con un papelito de manera que en el tiempo (cuando el papelito se perdiera y el libro llevara únicamente mi nombre) si yo decidía recorrer el camino su papel en esa travesía no constara especialmente. Esta forma de dar la pista y dar un paso al costado para que el estudiante o investigador se apropiara de la idea es una marca clásica de Soriano (a juzgar por muchas historias que viví y he escuchado). En mi caso guardo el papelito amarillo junto con el libro.

Hace varios años (¡mucho tiempo en realidad!) entré en contacto con la obra de G.I. Gurdieff (música y libros). Su música es cautivante. Sus libros, en cambio, son difíciles de entender pues proponen una forma de conocimiento heterodoxa. Sin embargo, uno de los libros⁷ tiene un título que me gusta mucho "Encuentros con hombres notables" relata los viajes de Gurdieff por Asia Menor en busca de sabiduría y conocimiento. Él y sus compañeros, a principios del siglo pasado, visitaron a varios hombres sabios. Desde la época en que conocí el libro yo también he tratado de identificar mis encuentros con "hombres notables" que fueron capaces de regalarme toda la sabiduría que yo era capaz de absorber. Soriano es sin duda uno de estos hombres.

MARTÍN R. AGUIAR

⁷Este libro fue llevado al cine por Peter Brook.

VI

Algunas semblanzas de Alberto Soriano

Soriano y los más jóvenes

En nuestros primeros años en el IFEVA, algunos de mi grupo de referencia y yo organizamos una encuesta entre los becarios. El objetivo era en principio detectar lo que para nosotros eran fallas de información entre los más nuevos, sobre todos los provenientes de otras instituciones y ajenos al vínculo y compromiso que uno como estudiante de la Facultad de Agronomía tenía. Otro objetivo era conocer la opinión de los becarios sobre la estructura del IFEVA, su funcionamiento y ciertas innovaciones que queríamos proponer, pero que no sabíamos que grado de consenso tenían.

El resultado fue increíble, por el nivel de participación y de movilización que generó. Era la primera vez que se hacía algo así en un ámbito por demás verticalista. Tengo entendido que en algunos de los “más grandes” del IFEVA generó poca sorpresa y me atrevo a decir que hasta rechazo. Aunque nunca hablé directamente de esto con ninguno, creo entender que se interpretaba que lo que se hacía era una vuelta a los tumultuosos años ‘70, y que un grupo de estudiantes revolucionarios quería tomar el poder. Les aseguro que nada más alejado de la realidad. Se trataba de un grupo con un alto grado de entusiasmo y dedicación, que simplemente quería hacer su aporte a una estructura a la que le dedicaba en muchos casos más tiempo que a su propia familia y amigos.

Ignoro qué fue lo que realmente Soriano pensó al respecto, pero imagino que no le debió gustar para nada. Sin embargo, cuando convocamos a una reunión para difundir los resultados de la encuesta, asistió a la misma junto con otros directivos del IFEVA, y se sorprendió junto

con nosotros acerca del nivel de ignorancia de los becarios acerca de la estructura de la que participaban, e inclusive festejó, junto con nosotros, algunas de las opiniones más desopilantes que aparecieron. Es decir, que no sólo no suprimió un movimiento espontáneo sino que se interesó por ver qué pasaba, se puso a nuestro lado sin que eso quiera decir que compartiese nuestras opiniones ni mucho menos (eso quedó bien claro), ni tampoco asumió una actitud demagógica. Creo que la gran lectura que sacó Soriano de lo que comento es que algo estaba pasando y que no había que perderle el pulso.

Luego de la reunión, me encargó que cuando hubiera un grupito de becarios o ayudantes reunidos, compartiendo un almuerzo, lo llamara ya que le interesaba saber de nuestras cosas. A partir de ese entonces surgieron una serie de almuerzos, en el laboratorio Sachs o en el parque, en donde hablábamos de todo un poco. También resultó frecuente que en algunos momentos críticos de la vida del IFEVA, Soriano me participase de algún documento que había elaborado al respecto, un poco para conocer mi opinión, y otro poco (pienso) para demostrar aquéllo que una vez él dijo más o menos así: "el IFEVA está lleno de personalidades fuertes y diversas. Algunos poseen aristas que, aunque no se lo propongan, dañan a los que los rodean. Lo que Uds. critican y perciben de esas personas es el resultado de un esfuerzo laborioso que hacemos desde el Directorio para moderar esas aristas, para pulirlas y que no resulten hirientes. No tenemos una actitud pasiva ni mucho menos. Y por otro lado nunca impedimos el ingreso o el crecimiento de alguien que tenga algo de valor para aportar al grupo".

Soriano y las innovaciones

Los que lo conocieron saben perfectamente que Soriano no sólo no tenía aprensión por las innovaciones, sino que las buscaba permanentemente. Con las limitaciones que su edad le impuso, por ejemplo fue capaz de manejarse decentemente con un procesador de texto y rápidamente adoptó el correo electrónico e Internet. Ya postrado por la enfermedad Soriano se comunicó hasta último momento con sus colaboradores utilizando éstos medios. En mi caso personal, tuve contacto con él por dos proyectos, que aún no han visto la luz.

El primero de ellos era un sistema multimedia para aprender Ecología. Desde que la enfermedad lo imposibilitó, pasaba mucho de

su tiempo en su casa y tomó contacto con la televisión, por la que no sentía demasiado aprecio debido a los contenidos que usualmente se difundían en ella. Sin embargo, percibió los avances operados y el auge de los canales educativos o de información general (como el Discovery Channel). Es en ese momento en donde concibe la idea de utilizar un medio tan efectivo para transmitir conocimientos de Ecología. Creo recordar que pretendía hacer un sistema sobre los tipos de vegetación cuya concreción, desgraciadamente, su muerte interrumpió.

El segundo proyecto era el dictado de la primera “Cátedra Parodi”, un espacio destinado a la discusión de conocimientos de importancia y amplitud suficiente como para interesar a todos los alumnos de la Escuela de Postgrado. Algunos de los becarios más viejos (Juan Loreti, yo, y algún otro que no recuerdo) lo asistíamos por correo electrónico. sometía a nuestro juicio materiales, relevaba grado de interés que suscitaban, etc. En mi caso particular, conociendo mi afición por las disquerías y librerías de Buenos Aires, me encomendó la búsqueda de dos libros de filosofía de la ciencia que parecían interesantes para discutir en el ámbito de la Cátedra Parodi. Caminé medio Buenos Aires y los libros no aparecieron. Soriano falleció y a mí me quedó una sensación de intranquilidad por no haber cumplido con el encargo.

Hace unos meses (fines de 2001), ya en mi nuevo trabajo como técnico de la CONEAU recibo la presentación de una carrera de postgrado. Dentro de los materiales que se adjuntan, veo un artículo que discute y analiza uno de los textos que me hizo buscar Soriano: “The two cultures and the scientific revolution”, de C.P. Snow. Les confieso que el hallazgo me conmovió, ya que tuve oportunidad de conocer en qué pensaba el Soriano de los últimos días: el libro discute el conflicto existente entre las ciencias empíricas y las humanísticas y sociales. Me hubiera gustado muchísimo discutir con él al respecto.

Soriano y los homenajes

La relación de Soriano con los homenajes era francamente mala. Recuerdo dos momentos que lo atestiguan. Paso a contar el primero de ellos. Se trataba del acto en el que se hacía el traspaso del gobierno de la Facultad de Agronomía, de manos de Carlos Mundt a las de Guillermo Murphy (hasta ese entonces, su vicedecano). Yo me considero hasta el

día de hoy un ferviente defensor de la gestión de Mundt, y entendí que debía estar en ese momento para manifestarle mi adhesión personal. Salí de mi oficina y me encaminé hacia el Pabellón Central, y en el camino me encontré con Soriano, que iba hacia el mismo lugar (en realidad, uno de los pocos investigadores “grandes” del IFEVA que asistió a dicho acto). Una vez allí, yo me encaminé hacia el primer piso del salón de actos, mientras que Soriano se quedó sobre un costado de la platea, de pie. En un momento de su discurso, Mundt hizo referencia a las personas a las que en particular les agradecía su actitud y colaboración generosa durante su gestión. Y al primero que mencionó fue a Soriano, y describió algunas de sus virtudes. Desde arriba pude observar cómo la muchedumbre se abría para dar paso a un Soriano desesperado por alcanzar la salida. Yo no entendía bien qué era lo que pasaba. Luego del acto y del ágape que se efectuó, volví a mi oficina y me vuelvo a cruzar con Soriano, y por supuesto le pregunté qué le había pasado, que justo en el momento de recibir un reconocimiento tan importante por parte del decano saliente se había tenido que ir, y seguí hablando de lo bien que se debía sentir por ello, de lo importantes que eran los reconocimientos para las personas, etc. A cambio de mis comentarios recibí una respuesta lacónica que bien pudo haber sido “a mí esas situaciones no me gustan para nada”, y por supuesto fue el fin de la conversación.

El segundo momento tuvo que ver con un homenaje que le organizó un grupo de ex -alumnos, en la sede de la Fundación Navarro Viola. Había un gran estrado, en cuyo centro estaba Soriano flanqueado por los organizadores. Soriano parecía incómodo, tanto por la situación a la que prácticamente se vio arrastrado, como por un corsé que tuvo que comenzar a utilizar cuando la enfermedad amenazaba con inmovilizarlo (cosa que efectivamente ocurrió). Cabe destacar que la oportunidad del homenaje tenía que ver con ello. Como en todo acto de estas características, un orador comenzó a detallar su relación y la de sus compañeros con el Soriano de los años '60. Sus observaciones giraban en torno de la vivencia, en sus años de estudiante, de un Soriano autoritario e injusto con las calificaciones, y de cómo con los años pudo revalorizar su figura, ya que sintió que el rigor vivido lo había hecho mejor persona. En su discurso utilizó palabras graves e importantes, como “ejemplo moral”, “figura a imitar”, etc. Yo observaba que Soriano se revolvió en la silla, muy incómodo, y en un par de oportunidades (cuando algún adjetivo sonaba desmesurado), inclusive emitía un gemido agudo de sorpresa

que era perceptible por las primeras hileras de la audiencia. Cuando terminó el acto, por supuesto que me dirigí a Soriano para saludarlo, y quienes me conocen saben que sólo si me cortaban la lengua me hubiera ahorrado la pregunta acerca de cómo había vivido el homenaje. Pero, conociendo la experiencia que les narré en el párrafo anterior, me animé a responder -sí, ya sé, no le gustan los reconocimientos públicos y por eso renegaba, ¿no es cierto?-, a lo que Soriano me respondió -no, no es eso. ¿Sabés lo que pasa? Es que cuando hablan de esa manera, están describiendo a una persona en la que no logro reconocerme. Ése no soy yo, para nada.

Con el tiempo, esas respuestas y otras, como las que esbozaba cuando la gente hablaba de cómo él había hecho las cosas tan bien, cómo había planificado todo para conseguir logros tan importantes, me dieron la clave de cuál fue su verdadera grandeza: “hacer” de Soriano, ser auténtico, seguir lo que él creía era lo correcto. Estoy casi convencido de que nunca se propuso ser un prestigioso investigador, ni fundar un instituto de nivel internacional. Todo fue el resultado de un hacer cotidiano, una suma de pequeños pasitos evolutivos en un entorno de valores bien plantados y un gran entusiasmo. Es por eso que su sorpresa frente a los comentarios era genuina, no se trataba de una falsa modestia.

En lo personal, pude llevarme de estas experiencias una enseñanza valiosa. Hoy en día me pasa que, cuando tengo un reconocimiento, sé distinguir perfectamente los superficiales de los importantes. Éstos últimos son los que me sorprenden, me devuelven una imagen novedosa sobre mí mismo y me hablan de lo más genuino y significativo que puedo ser y por lo tanto, dar a los demás.

Soriano y la fe

Soriano era un hombre profundamente católico. Muchas personas se sorprenden, porque asumen que la esencia del buen científico es prescindir de lo que se consideran supercherías asociadas a un pensamiento mágico y primitivo. La decoración de su escritorio era bastante austera por cierto, y sin embargo había una lámina de la medialuna de las tierras fértiles (editada por la FAO), y pegados con cinta adhesiva en un lateral de su escritorio, casi imperceptible para sus ocasionales visitantes, había una foto de su maestro Parodi y una representación de la

Sagrada Familia, en esa evocación tradicional de María sobre el burrito que es conducido con un tiento por José. Creo que en el marco de tanta austeridad, el dato resulta significativo.

Yo también soy creyente, y en una oportunidad estaba reflexionando sobre unos resultados de mi tesis doctoral y el marco en el que analizarlos, y por un camino lateral comencé a razonar en que no podía separar la idea de Dios como causa última, como matriz en la que se dan todos los procesos que conocemos. Era como si mi trabajo consistiera en descifrar los contenidos de un libro que no tiene existencia material, pero en un lenguaje tosco e imperfecto. Inmediatamente dejé mi escritorio y fui a verlo a Soriano. Golpeé la puerta y luego del consabido “¿sí?” entré y le dije: -Soriano, he pecado- con toda la intención de contarle lo ocurrido. Es obvio que el pecado era en contra de la ciencia. Una vez terminada mi narración, Soriano entre divertido e irónico me preguntó: -¿Pero eso está mal?-, y con una carcajada terminó la charla.

Mucho tiempo antes, participó de charlas en el ámbito de la Pastoral Universitaria de la UBA, servicio del cual participaba su hija Rosario y que en ese entonces asesoraba el padre Rafael Braun con un equipo de sacerdotes que lo secundaba, dentro del que se encontraba alguien que hizo muy buenas migas con Soriano, Manuel Trevijano (“el Manolo”). En una oportunidad, un grupo de becarios tuvimos la intención de juntarnos para discutir temas de filosofía, en particular queríamos abordar a los clásicos griegos. Por supuesto que conscientes de nuestras limitaciones concluimos que teníamos que buscar un referente, y surgió el nombre de Soriano. Fuimos a hablarle junto con Jorge Zavala, y Soriano nos contestó -¡Ah!, pero tienen que buscar a alguien que sepa- (primera sorpresa nuestra). Y agregó -yo conozco a un filósofo, pero no sé si lo van a querer por una característica personal que tiene-. Con Jorge nos miramos medio asombrados y lo interrogamos con la mirada. Y nos respondió -es sacerdote-. Se trataba de Manolo, a quien yo conocía desde mis épocas de Pastoral. Manolo durante tres años compartió con nosotros el pequeño taller de filosofía, en el que discutimos además de los clásicos, temas de bioética, fe y ciencia, y a Unamuno. Curiosamente, Manolo enfermó de lo mismo que Soriano y en el mismo momento. Falleció un par de años después, luego de una recuperación temporaria que lo trajo de vuelta a Buenos Aires, entre otras cosas, para continuar con nuestro taller.

Ya enfermo, en la cabecera de la cama de Soriano se podía ver la “Liturgia de las horas”, y creo que no era la versión para los laicos, sino la extensa, que utilizan los consagrados. Recibía asiduamente la visita del Abad de la Abadía Benedictina de Jáuregui y actualmente obispo de Nueve de Julio, Monseñor de Elizalde. La misa de responso la ofició el Padre Braun que mencioné más arriba, mientras que la que se efectuó al mes de la muerte de Soriano la celebró de Elizalde. La misa al cumplirse el año de fallecido la celebró Manolo.

Soriano y el arte

En una oportunidad, Soriano vino a entregarme un cassette en mi calidad de “grabador oficial” de música de Rolando León. La historia comenzó con mi conmoción por la reciente adquisición de la ópera *Martha*, de von Flotow. El extracto que hice en cassette para Rolando hizo que rápidamente fuera a contarle a Soriano de mi hallazgo, en especial de un aria muy delicada llamada “La última rosa del verano”. A lo que Soriano respondió que no se trataba de un aria compuesta por von Flotow (obviamente conocía la obra), sino de una vieja canción inglesa, anónima. Y le ofreció a Rolando un cassette con un recital de un tenor sueco desconocido para mí, Jussi Bjorling, que contenía otro aria pero en una versión en italiano: “M´appari”. Mi primera impresión, a pesar de estar escuchando un registro viejo, con ruido de fritura de fondo, fue la de un descubrimiento increíble. Hoy Bjorling es uno de los tantos amigos musicales que le debo a Soriano, quien en una charla posterior me enseñó a valorar su voz. Para mi sorpresa, cuando comencé a tomar clases de canto, Bjorling apareció nuevamente como un modelo a imitar por su técnica, en especial por lo referido a la respiración y por el timbre aterciopelado de su voz. Esas palabras las escuché por vez primera de boca de Soriano.

Movido un poco por agradecimiento y otro poco por curiosidad, le ofrecí a Soriano una grabación de *La Bohème*, de Puccini, interpretada por Bjorling y de los Ángeles. Una versión digitalizada de un registro analógico realizado en los '50, a los que ya le había perdido el miedo. Soriano me llamó a su oficina cuando me vio pasar por el pasillo, y me agradeció muchísimo por la grabación, que no pudo evitar escuchar prácticamente todo el fin de semana. Me dijo -...y que bien suena la orquesta, a pesar de ser la de una Radio (NBC)-. Y luego vino el comen-

tario, que más o menos fue -me trajiste a la memoria tantos recuerdos, las tardes de verano en la casa paterna. Yo, como todos los chicos, recorriendo la casa sin saber qué hacer. Y de repente, escuchaba a mi hermano (el estudiante de medicina) que interrumpía la preparación de un examen para entonar dúos de ópera con su compañero de estudios, de familia italiana-. En ese momento, Soriano volvía a ser niño. Le brillaban esos ojos vivaces que tenía, y de repente agregó -nunca me voy a olvidar de la voz de bajo que tenía ese muchacho. ¡Y cuando cantaba "Vecchia zimarra" (el aria final de Chenaud, cuando Mimí está muriendo)!-. Para mi sorpresa, Soriano comenzó a cantarla, sin potencia en una voz quebrada ya por los años, pero sí con una entonación y con una pasión que me conmovieron. Sentí que sin proponérmelo, abrí una puerta, un resquicio de la intimidad de una persona por demás enigmática e interesante. A las dos semanas, recibí en muestra de agradecimiento un tomo de las obras completas de Heinrich Böhl, motivo de algunas charlas posteriores.

Una vez que murió su hermano, él recibió toda la colección de cassettes catalogados. Entre ellos había varias grabaciones de la que Soriano definía como la "mejor orquesta que tuve oportunidad de escuchar". Se trataba de la Cleveland Orchestra, dirigida por el tiránico George Szell. Me pidió nuevamente que le grabara a Rolando la Segunda de Brahms, y me preguntó si yo la conocía. La respuesta era obvia. Al escucharla, reconozco que no podía distinguir el significado de una buena dirección en el resultado de la ejecución, ni tampoco tenía elementos para poderla reconocer. Nuevamente, Soriano hablaba del "sonido aterciopelado", y agregaba: "El hecho de que una orquesta tenga un montón de instrumentos, que se ejecutan simultáneamente, no implica que tenga que salir un sonido masivo, sin que se pueda distinguir cada uno de los componentes. Yo no sé por qué razón cuando se habla de los directores destacados del siglo XX se hace mención de Furtwängler, Klemperer, Karajan, Toscanini. A mí no me gustan para nada. Vos escuchás a la Cleveland dirigida por Szell y es otra cosa. Otro director buenísimo es Solti. Y qué curioso, los dos son de procedencia húngara. La Tetralogía que ha grabado Solti es incomparable. Y dentro de los directores más nuevos te puedo mencionar a Barenboim". Hoy puedo decir que estos buenos consejos de apreciación musical me han servido y, en la medida de mi capacidad, los he incorporado y aplicado.

El último de los recuerdos musicales. Un día estaba yo en mi oficina, escribiendo en mi PC, y veo la silueta de Soriano aparecer por el vidrio de la puerta. Le abro y me comenta que me estaba buscando para darme algo para que escuchara. Me dijo -de vez en cuando me pasa, que escucho algo y me digo "ésto lo tiene que escuchar Hernán Trebino"- . En este caso se trataba de los últimos cuartetos para cuerdas de Beethoven (números 12 a 16), interpretados por el Cuarteto Alban Berg. Los escuché, sin demasiada pasión. Beethoven es uno de los compositores con los que todavía no he trabado amistad. Sin embargo, rescaté algunas cosas que me gustaron. En especial uno de los cuartetos (el N° 15), en cuya partitura original el compositor escribió, en el margen del tercer movimiento "Molto Adagio", la siguiente dedicatoria: "Himno de agradecimiento ofrecido a Dios por un convaleciente". Cuando se los devolví a Soriano, me preguntó mi parecer, y le dije que si bien me habían gustado, no estaba todavía preparado para apreciarlos. Que me faltaba vida y que no era el momento. Luego me preguntó -pero, ¿no te emocionaste con el cuarteto N° 15?-, y agregó -yo lo escucho y no puedo dejar de conmoverme. Y sobre todo teniendo en cuenta la dedicatoria que hizo al margen de la partitura-.

Poco tiempo después tomé conciencia del contexto personal en el que estábamos hablando. Soriano ya estaba gravemente enfermo, y probablemente el cuarteto y su significado calaban su alma en lo más profundo.

Conclusión

Esto es lo que yo rescato de mi memoria. Aclaro que las palabras no son textuales. No busquen a Soriano en ellas, sino a la impresión que supo o pudo dejar en mí. Y si algo de lo que escribo acaso les parece desmesurado o exagerado, ni se molesten en disculparme porque disculpas no pido. Hay veces que los ojos del cariño distorsionan la visión de las cosas, pero no su naturaleza. Y la muerte desde siempre nos ha enseñado a los hombres a disimular los defectos y resaltar las virtudes. Algo en lo que Soriano también fue Maestro.

Me despido de Uds., lectores pacientes, con un fragmento de algo que escribí en ocasión de la muerte de Soriano:

Hay gente que no muere,
a pesar suyo.
Vive en sus obras,
en su espíritu vivo en el recuerdo
de tanto agradecido.
En la escuela que deja,
en sus discípulos que son,
a su manera,
fragmentos de un gran espejo
que nos devuelven día a día
algún destello del maestro.

HERNÁN TREBINO

VII

Encuentro y permanencia

Anocheía frente al pabellón de Botánica mientras un grupo de alumnos esperábamos rendir la materia. Era fines de primavera, los aromas del Jardín Botánico invadían el ambiente y las gotas de las tipas caían implacables sobre mi incipiente calvicie. Poco a poco me iba adaptando al ambiente de la Facultad ya que, como un egresado del Carlos Pellegrini y con cuatro años cursados en Ciencias Económicas, andaba algo despistado, y también bastante imaginativo, por ejemplo llegué a creer que el Ing. O. Boelcke era un profesor alemán invitado. En un momento, un personaje que acababa de estacionar un jeep frente a la puerta del edificio, despertó mi interés porque tenía algo que no encajaba en mis esquemas. Acostumbrado a los guardapolvos blancos de la gente de la cátedra, quedé impresionado al ver a alguien vestido con ropas color caqui, cubierto de polvo al igual que el jeep y todo su contenido, delgado y juvenil. Solo yo me acerqué a curiosear y muy sencillamente me invitó a descargar el vehículo. Mucho despues sabría que esa parafernalia era el equipo para coleccionar plantas y mas tarde aún, que esas prensas de madera con cadenas pertenecian al Instituto de Botánica que yo tambien usaría años más tarde. Pasado el examen de ese día no tardé en averiguar que se trataba del Ing. Alberto Soriano.

Para fines de 1962, ingresé al Instituto de Botánica Agrícola del INTA, y allí como si fuera el personaje de Rebeca, aparece Soriano. En informes, etiquetas de herbario, trabajos y sobre todo en el respeto manifestado por sus ex-colegas, algunos de los cuales habían sido sus compañeros de estudio. Siendo yo el más nuevo del Instituto, los veteranos me hacían sentir la distancia y me hacían ver a Soriano como una persona difícil y distante, y me recordaban la fama de Soriano como filtro de la carrera de Agronomía. Sobre este tema siempre pensé que

los que así opinaban no sabían lo que era pasar Estadística en Ciencias Económicas.

Difícil que exista una persona que no haya tratado de acercarse a otra sin motivo explicable. Lo que me ocurrió con Soriano estimo que se debió a que yo quería derribar esa barrera que me habían creado y sobre todo a que me atraían sus clases y conferencias, donde los fenómenos más complicados, así como los más simples eran explicados con admirable sencillez. Pensaba cómo podría aproximarme si la orientación de mi trabajo era muy distinta. No obstante, un tibio acercamiento ocurrió cuando la Cátedra realizaba sus prácticas de análisis de la vegetación en el parque del INTA y yo pude participar en las tareas en el monte de eucaliptos.

Mis esfuerzos no fueron en vano, poco después al conocer su familia comprobé que Soriano era mucho más que un científico. Soriano vivió en una vieja casa en el parque del INTA, antigua carnicería de la estancia de Leloir. Detrás de esa casa estaba el invernáculo donde, junto a mi grupo de trabajo, injertábamos pinos para los huertos semilleros. Durante fines de invierno el trabajo se extendía a sábados y domingos y allí conocí otro Soriano, el de entre casa. También conocí a Perla, su esposa, mujer delicada y culta, que daba más importancia al intelecto que a las tareas domésticas. La recuerdo el día que se mudaban a su nueva casa en Castelar, sentada en un canasto leía un libro, mientras otros movían los muebles.

Soriano no tardó en percibir que cuando procuraba alguna información en el Instituto, era yo quien la diligenciaba con rapidez y por ello empezó a dirigirse a mí, lo que me significó un triunfo personal. Pasaba generalmente temprano en la mañana, antes de ir a la Facultad. En esa época no había muchos coches, así que era fácil reconocer el ruido de su viejo Citroen. Recuerdo con satisfacción esas cortas entrevistas cuando le contaba algo que había averiguado sobre eucaliptos, por fin un tema que él desconocía, entonces abría su boca exagerada en su rostro delgado y delicado, en una clásica expresión de asombro, o mejor cuando lanzaba su carcajada por un comentario gracioso del ambiente y que lo bajaba a tierra como a cualquier mortal.

En las épocas de bonanza del INTA, el Instituto de Botánica Agrícola incorporaba dos becarios por año. Debían tener aprobadas Botánica y Fisiología Vegetal con buenas calificaciones, lo que aseguraba

que no estaban en conflicto con el desarrollo de la carrera. Cada tanto uno de esos becarios era destinado al Programa Forestal. En una oportunidad que se preparaba un ensayo de orígenes de *Pinus patula*, coleccionados en México por el Instituto, los almácigos lucían magníficos, una alfombra compacta de cotiledones se extendía por todos los chasis. En uno de ellos un suave desnivel en mayor altura rompía la monotonía del conjunto. El becario de turno, intrigado por el fenómeno, le pregunta al Ing. Wilfredo Barrett, responsable del proyecto, a qué se debía esa diferencia en altura. Barrett le responde que en la época de receso, seguramente allí había muerto un pájaro o una rata. El becario le dice que no puede creer que le responda así. Entonces, Barrett le dice -¿porqué no le pregunta a Mendonza que anda por allí?.

Ante la misma pregunta, yo le contesto peor, le digo que allí probablemente se pudrió un bicho. El alumno nos responde, haciendo un gesto con el brazo como descartándonos -isi a ustedes los escuchara Soriano les pondría un aplazo grande como una casa!

LUIS MENDONZA

VIII

Algunas anécdotas risueñas

Rajá pescau

Soriano usaba un guardapolvo gris, parecido al de los ordenanzas. Un día estando en el Jardín Botánico encuentra a dos alumnos que estaban leyendo en el apunte de Botánica la descripción de una especie que justamente estaba en flor frente al banco donde estaban sentados los alumnos. Se acerca Soriano y les pregunta -¿qué especie es esta?.

Uno de los alumnos, cuyo nombre no recuerdo (era un gordo chanta que abandonó en primer año), lo miró y no le contestó nada. Soriano les repitió la pregunta y esta vez el gordo le dice -irajá pescau!, ¿no ves que estamos estudiando?.

Creo que abandonó la idea de continuar la carrera de Agronomía, cuando el otro alumno le dijo que ese pescau integraba la mesa de examen de Botánica.

Tampoco ve la señal

Ibamos en una camioneta, la Estanciera, a ver un campo en Azul. Venía con nosotros Gabriel, su hijo de ocho años, a quien le llamaban la atención las señales del camino y en un momento dado dice -¿para qué ponen la señal, no ven que hay una curva?.

A Soriano le salió el docente que llevaba adentro y, quizás para aprovechar la ocasión, le explica a Gabriel -lo que pasa es que quizás el señor que maneja está pensando en su hijo que no estudia, que se porta mal en la escuela, que se pelea con sus hermanos...- y Soriano continuó con mas ejemplos.

Gabriel, quien me había dirigido una mirada cómplice cuando empezó la filípica, al terminar la misma dice muy serio -y...si va pensando en todo eso tampoco ve la señal-.

Creo que Soriano recuperó el habla como 200 km más adelante pero sólo para referirse al tema que nos llevaba al campo.

Alumno asombrado

Entraba Soriano a la Facultad, caminando por la Av. de las Casuarinas. Se detiene un auto y el conductor, un alumno, lo invita a subir y le dice -voy a una charla que dará un tipo en el Pabellón de Botánica, ¿vos lo conoces?-

Soriano algo habrá contestado pero no lo recuerdo. Llegaron al Pabellón, el alumno se dirigió al aula magna y Soriano a su oficina, donde recogió unos papeles y pasó a dar su conferencia. La sorpresa del alumno, quien se había sentado en primera fila, fue mayúscula. Soriano nos contó después que el alumno lo miraba con cara de asombro y que seguramente, dada su turbación, no había podido seguir la charla.

Garifo

A Soriano no le gustaban las palabras y expresiones chabacanas. Rolando León durante un tiempo y mas o menos frecuentemente, tenía por costumbre usar como muletilla la palabra "piola". Soriano que alentaba en el grupo el uso correcto del idioma se dedicó a buscar un equivalente más castizo, hasta que dió con la palabra "garifo". A partir de entonces, la sugerencia que le hizo a Rolando pasó a formar parte del bagaje cultural de los que trabajábamos con él. Otra expresión que también incorporamos fue "circunloquios", pero no recuerdo la razón.

Plan exagera´o

En el primer año de mi ayudantía, uno de los turnos de trabajos prácticos terminaba a las 21 hs. Después de reacomodar y despejar el aula, terminábamos saliendo de la Cátedra rumbo a nuestras casas a las 22 hs. Soriano vivía en Castelar, yo en Ramos Mejía. Caminábamos

por la calle Chorroarín hasta la parada de un colectivo que nos llevaba hasta Flores, desde donde seguíamos en tren.

Sucedió que una noche, oscura y fría, nos topamos con una pareja en un plan exagerado, como diría el gitano. Allí se me despertó la vena humorística y le dije -¿vivió Ingeniero?, estos dos no necesitaron entrar a la Facultad para hacer los trabajos prácticos.

Por toda respuesta Soriano emitió un sonido gutural de no claro significado.

Marta está "cabrera"

Estábamos en el aula de trabajos prácticos, Rodolfo Sánchez, yo y algún otro que no recuerdo. Marta Panti, quien debía viajar a La Plata a consultar al Dr. Cabrera, manipulaba una lupa, cuando llega apurado el Ing. Soriano y le dice -¡Marta está Cabrera!

¿Yo Ingeniero, porqué?- contestó Marta.

Siguió un instante de silencio pues nos habíamos dado cuenta que a Marta el lunfardo le había jugado una mala pasada. El primero en reaccionar fue Rodolfo Sánchez quién lanzó un estentóreo -¡Un grabador, mi vida por un grabador!

Siguió una carcajada general, los que más rieron fueron justamente Soriano y Marta.

ALBERTO SUERO

IX

Memoria de un Ayudante de segunda de Fisiología Vegetal

Cuando trato de recordar la Facultad de Agronomía de la UBA en los años '60, territorio y tiempo de aprendizaje y expectativas, inmediatamente irrumpe en mi memoria la esmirriada figura del maestro Alberto Soriano. Él fue para mi -sin saberlo- una especie de padre virtual que me acompañó durante todos los avatares de una vida bastante movida. Con toda seguridad los errores que he cometido no tuvieron nada que ver con esa paternidad pero en cambio estuvo detrás de todos los aciertos de mi actividad intelectual que puedo mentar, los que me permitieron sobrevivir y ganarme el pan de cada día, a veces en circunstancias difíciles.

Las relaciones entre Soriano y yo siguieron el modelo de un hijo adolescente con su padre, teñidas de incomprensión -por parte del hijo- y pavimentadas por hechos que, viéndolos ahora con el catalejo del tiempo, tenían que ver quizás con la necesidad de mi subconsciente de llamar su atención.

Al terminar mi curso de Fisiología Vegetal, él me eligió como ayudante de segunda rentado, entre varios candidatos, casi todos con mayor nivel que yo; nunca supe porqué lo hizo. Cuando me comunicó su decisión yo creí tocar el cielo pero no sabía las desventuras que me esperaban, fruto de mi impericia para actuar en un laboratorio. De esa etapa guardo un recuerdo paradigmático del día en que traté de transvasar el ácido nítrico de un frasco, cuando lo abrí, éste se desfondó derramándose un litro completo del ácido sobre mi y el suelo del laboratorio. Sucedió en el antiguo espacio que tuvo la Cátedra antes de mudarse al lugar que ocupa en la actualidad. Soriano que tenía una pequeña oficina adyacente al laboratorio, cuando escuchó el ruido que produjo el

frasco al golpear contra el suelo acudió inmediatamente. La escena posterior podría haber servido para una película cómica, tal vez de los Tres Chiflados o de los Hermanos Marx. Yo estaba sentado en una silla como en trance, contemplando tanto desastre, los pantalones convertidos en una piltrafa dejaban ver mis piernas donde se había producido con toda intensidad la famosa reacción xantoproteica. El nítrico seguramente había atacado el carbonato de los mosaicos del piso y una alfombra de espuma de varios centímetros crecía de manera tumultuosa; pero eso no era todo, además de la formación de la espuma el piso se había transformado en una especie de gelatina deslizante. Creo que tras Soriano vino Suero y algún otro. Yo los miraba incrédulo patinar a todo lo largo del laboratorio y sostenerse de las mesadas para evitar caer y ser devorados por la espuma que crecía como un monstruo apocalíptico.

Pienso que la historia de la Estanciera, la camioneta de la Cátedra, debería ocupar otro capítulo de estas memorias pero antes permítaseme narrar como perdí el cargo de Ayudante de segunda, porque las relaciones con ese vehículo terrible tuvieron que ver con esa derrota. Después de un año de ostentar con orgullo el cargo de Ayudante el cual pensaba que me pertenecía hasta la eternidad, o al menos hasta que me recibiese, tuve que pasar un concurso; el jurado estaba formado por tres personalidades: el mismo Soriano, Parodi y Boelcke. Yo competía con los estudiantes más notables de mi promoción, creo que estaban Zeiger, Bermann, Hall y tal vez algún otro, cuatro o cinco por un solo cargo. El tema sorteado tenía que ver con la Hidrosere, la Xerosere, la teoría clementsiana del Climax.

Creí haber realizado una exposición luminosa, contestando las preguntas que me hicieron como lo hubiera hecho el mismo Clements, por eso no podía entender porque perdí el cargo, había quedado "knock out". Fui a pedirle explicaciones a Soriano quien me miraba con aire incrédulo cuando le decía, despechado que en realidad la Fisiología no me interesaba y que me dedicaría a la Economía y la Historia. Él solo atinó responder que no era el único del jurado. Blanca Eilberg evitó que diera el portazo y tal vez me condenara para siempre.

Al poco tiempo Soriano encontró un motivo para conchabarme. Junto a Adámoli debimos preparar un ensayo para tratar de identificar algunos factores del ambiente que pudieran determinar la ruptura de la dormición de las semillas de chamico. Se trataba de un trabajo de cam-

po que debía realizarse en Pergamino y es en esta parte del relato en la que debo introducir a la Estanciera, vehículo con el que debíamos viajar periódicamente hasta Pergamino. Sin embargo, había un problema de fondo: ninguno de los dos sabía conducir y no nos atrevíamos a confesarle a Soriano ese déficit, pues temíamos ser reemplazados. Los primeros viajes los hicimos con la contribución solidaria de algún amigo con licencia para conducir hasta que creí haber adquirido la suficiente habilidad como para llegar a Pergamino y retornar sin inconvenientes, me había legalizado sumariamente mediante una licencia chatarra de la Municipalidad de Miramar, provincia de Córdoba que un conocido había conseguido.

Los problemas comenzaron cuando decidí independizarme de los amigos conductores; primero fue el capot que quedó algo arrugado cuando no me respondieron los frenos y tuve que frenarla contra la caja de un camión. Soriano y yo tuvimos que hacer la cola en una calle lateral del edificio de la entonces Caja Nacional de Ahorro y Seguro a la espera del perito que debía estimar el precio de la reparación.

Pero todavía faltaba lo peor, eso pasó el día aciago en que me llevé por delante la raíz de un ombú. Fue en la Vuelta de Obligado, a la salida de una curva tortuosa se le interpuso a la Estanciera ese infeliz órgano vegetal y mi poca pericia no me permitió esquivarlo; el vehículo quedó maltrecho, asentado contra el borde de una zanja debió ser sacado con la ayuda de un caballo. Se había roto una pieza importante de la dirección, algo que llamaban el caracol o algo así. Cuando pude regresar, después de una reparación de emergencia tuve que relatarle a Soriano mis desventuras, él recibió mis explicaciones con la expresión de sorpresa que tenía siempre que trataba de explicarle algún suceso. Chocar la raíz vaya y pase, él conocía bien mis dificultades en el difícil arte de la conducción; pero como no sorprenderse de que el accidente hubiese sucedido a más de 200 kilómetros de la ruta que normalmente debía haber tomado. Soriano recibió la pieza rota sin realizar ningún comentario y la guardó en la bolsa donde solía almacenar las diferentes piezas que el vehículo iba perdiendo, éstas no dejaban de aumentar de un viaje a otro, para mí era un misterio como podía seguir funcionando con tantas piezas de menos, era algo milagroso.

La respuesta de Soriano se produjo un par de semanas después cuando fui a solicitarle el vehículo para realizar otro viaje a Pergamino, él

respondió a mi pedido sin ningún énfasis con estas pocas palabras -discúlpeme Golberg pero no le tengo confianza como chofer-.

Yo interpreté inmediatamente toda la diplomacia que encerraba esa respuesta de la siguiente manera "discúlpeme Golberg pero no le tengo confianza", así de manera global y no referida estrictamente a la conducción. No supe que responderle, tenía todo el derecho de hablarme así.

Él fue mi chofer en los pocos viajes que aún faltaban para concluir el ensayo y mi subconsciente se vengó. Cierta tarde de diciembre en un solitario camino que unía San Pedro con Arrecife, el vehículo infernal se detuvo sin ninguna advertencia previa; hacía un calor de infierno. Los viajes de Soriano a la Patagonia debieron haberle dejado algún conocimiento de la mecánica de esos artefactos, desarmó parte del carburador y lo volvió a armar, me pidió que me fijara en una tapera que se levantaba a la vera del camino -a un centenar de metros- si podía encontrar algún recipiente. Volví con una lata, él tomó de la bolsa de las piezas caídas un trozo de manguera y extrajo nafta del tanque. Luego me pidió que le echara el combustible dentro del carburador mientras él trataba de darle marcha. En la lata habría algo más de medio litro de nafta y yo se la eché toda; el ahogo que sufrió el desdichado vehículo nos demoró varias horas en ese apartado lugar de la llanura bonaerense. Soriano matizaba la espera cantando, en francés, de manera integral la parte del torero de Carmen, tenía una hermosa voz de tenor.

Luego me recibí y dejé de verlo asiduamente, una vez en 1974 lo visité en su oficina de la Facultad, hablamos largamente de política, cosa que me sorprendió porque él no acostumbraba abordar ese tema, al menos conmigo; en un momento dijo una frase que me sonó como producto de una alucinación: "no creo que en mi tiempo biológico vuelva a vivir tiempos normales". Creo que dijo tiempos biológicos aunque no puedo asegurarlo. Aquel año de 1974, si bien la situación era complicada, no me parecía tan anormal, había un gobierno elegido democráticamente, las estructuras democráticas mal que mal se sostenían, me parecía que habíamos vivido períodos más anormales; en ese entonces me resultaba difícil comprender cuál era el valor que Soriano le asignaba al término normalidad. Sin embargo, con el andar del tiempo esa frase me pareció profética y comencé a repetirla asignándole obviamente el copyright a Soriano, pero también haciéndola mía.

A mi regreso del exterior, lo visité una vez más, era una noche lluviosa y fría de Julio, tal vez del '89; le traía un libro de uno de sus discípulos más conocidos, Eduardo Zeiger, profesor por ese entonces en la Universidad de Stanford. Hablamos largamente, sobre todo de los hijos, los de él y el mío, casi no tocamos el tema de la ciencia en el país, todo era tan deprimente; sin embargo él seguía adelante como siempre, construyendo.

Su recuerdo me acompañó durante toda mi larga residencia en el exterior; cierta vez, apenas llegado a París, leí en el frontispicio del Panteón una frase que me pareció excelente para incluirla en una postal que pensaba enviarle: "Aux grands hommes, la patrie reconnaissante", pero al poco de comenzar a analizarla me pareció que el sustantivo patrie no podía ir y no encontré otro para reemplazarlo, incluir Golberg por patrie no lo consideré conveniente y al poco de darle vuelta, la hallé demasiado ampulosa, así que finalmente escribí algo convencional. No dejé de enviarle una tarjeta en cada Navidad y él respondía con otra, siempre con temas religiosos. Todavía conservo en un cajón de mi escritorio la última que me envió con una imagen de los monjes trapenses de Azul, la tengo junto a una foto donde aparece él flanqueado por Sánchez y Hall frente al edificio que Fisiología Vegetal comparte con Botánica, la había tomado un amigo israelí y me la envió de regalo, está sonriente en su joven y eterna madurez.

ALBERTO DANIEL GOLBERG

X

Durante 20 años tuve la suerte de vivir encuentros tanto enriquecedores como divertidos con Soriano. Elijo dos breves anécdotas que representan casi los extremos de ese período: una es de la época en que yo era ayudante-alumna y participaba por primera vez activamente en un proyecto de investigación en la década del '70, la otra corresponde a la década del '90 cuando Soriano ya era Profesor Emérito, Investigador Superior de CONICET, miembro de dos Academias y Director del IFEVA y de la Escuela para Graduados de la FAUBA.

La primera: Se trataba de estudiar las relaciones hídricas de varias especies del pastizal de la Pampa Deprimida y, entre otras cosas, había que medir el potencial agua del suelo en distintas condiciones y en diferentes momentos. No contábamos con aparatos que hicieran eso, sino que estábamos poniendo a prueba un método muy ingenioso y bastante rudimentario que a mí me generaba mucha desconfianza. Cuando analicé los primeros resultados se los llevé a Soriano absolutamente desesperanzada diciéndole -mire Soriano, da todo al revés de lo que nosotros esperábamos.

Él muy tranquilo me contestó -¡qué suerte!, eso puede ser buenísimo, fijate que los grandes avances en la ciencia ocurrieron cuando se encontraron resultados completamente inesperados. Así fueron cambiando los paradigmas.

De más está decir que aquellos resultados no representaron ningún gran cambio de paradigma. Sin embargo, esa observación del maestro, que obviamente no carecía de ironía, tal como su mirada pícara daba a entender, generó un cambio radical de perspectiva en el germen de investigadora que yo era en ese momento. Y ahora, a la distancia, puedo afirmar que lo hizo sin ninguna inocencia.

Un poco de contexto para la segunda anécdota. Una característica de Soriano que contribuyó bastante a la construcción del grupo tan heterogéneo de investigadores que conformaron el Instituto, donde surgieron interacciones muy estimulantes, era su esfuerzo puesto siempre en buscar y encender la lucecita que hacía brillar a cada uno. Sospecho que en algunos casos esa no habrá sido tarea fácil. En el mío en particular, su esfuerzo quedó documentado en la cantidad de trabajos científicos que me pasaba ni bien salían, de vez en cuando con alguna pregunta o comentario en el margen, siempre referidos a cuestiones cuantitativas de la ecología. Entre esos guardo los últimos que me eligió, con la letra temblorosa de la enfermedad, precioso regalo póstumo que sus hijos me hicieron llegar. También puedo dar fe que las consultas de Soriano respecto al diseño de los experimentos de sus dirigidos, o al análisis de los datos de sus trabajos siempre representaban desafíos de lo más originales y divertidos, aunque a veces fueran bastante difíciles.

Ahora sí, la segunda anécdota. Yo le acababa de proponer a Soriano un diseño de muestreo -pedido por él- para estudiar el banco de semillas del suelo en distintos "parches" de la estepa patagónica y me ocupaba de subrayar que el momento más peligroso de todo el protocolo era cuando de las bolsas con grandes volúmenes de suelo se debían tomar alícuotas.

Le dije -mire Soriano que si no están perfectamente homogeneizadas antes de tomar las muestras puede salir cualquier cosa. Si quiere me avisa y yo superviso que esa parte la hagan bien.

-¡Que bueno! Sí, sería mejor que vengas a verme si lo hago bien. Yo te aviso, supongo que será dentro de un mes- me contestó con toda tranquilidad, esta vez sin ninguna ironía. Para él no sólo era absolutamente natural que una persona de su edad, con su posición, sus responsabilidades y su prestigio, se pasara horas en el galpón en cuatro patas sacudiendo bolsas de tierra. Su humildad además le hacía suponer que tenía algún sentido que yo supervisara el resultado de su trabajo. De lo más avergonzada tuve que explicarle que si lo hacía él mismo estaba claro que lo haría bien.

SUSANA PERELMAN



Alumnos del cuarto año del Colegio Nacional Mariano Moreno (Alberto Soriano con chaleco). Año: 1936.



Docentes y alumnos de las Cátedras de Botánica Agrícola y Fisiología Vegetal de la FAUBA en la Estancia Fortín Chacabuco, Bariloche, Río Negro, enero de 1960. De izquierda a derecha: Roquero, Alberto Lesser, Carlos Abadie y Rodolfo Sánchez (parados), Juan J. Valla, Osvaldo Boelcke, Guillermo Joandet, Rolando León, Alberto Suero, Alberto Soriano, Josefina Sierra y Graciela Pantebre (sentados). Foto: Chiara Movia.



"Té en la casa de Soriano", Castelar, Buenos Aires, invierno de 1962. De izquierda a derecha: Osvaldo Fernández, Alfredo Utsumi, Rolando León, Alberto Suero, Rodolfo Sánchez, Marta Panti, Blanca Aron, Stanka Slavnick, María Lina Gugliada y Alberto Soriano. Los niños: Rosario, Gabriel, Verónica y Rafael Soriano. Foto: Petla Agrazar de Soriano.

Sept 9 - 10th

April 1966

Grupo joven andal.

Bolivia
 Colombia
 Guyana
 Uruguay
 En el grupo
 Sonora

[Bolivia] Guatemalan de algunos productos.
 Transmision. Universidad. Instituto.
 [Bolivia] Guatemalan de algunos productos.
 de la zona de los alrededores.

El programa producción

que se encuentran

del libro publicado.



De Soriano

Apuntes y caricatura en una libreta de notas de Alberto Soriano, durante una reunión del International Biosphere Programme (IBP) celebrada en Copenhague, 1966.



Alberto Soriano y alumnos de su turno en un aula de trabajos prácticos de la cátedra, en la década del '60.



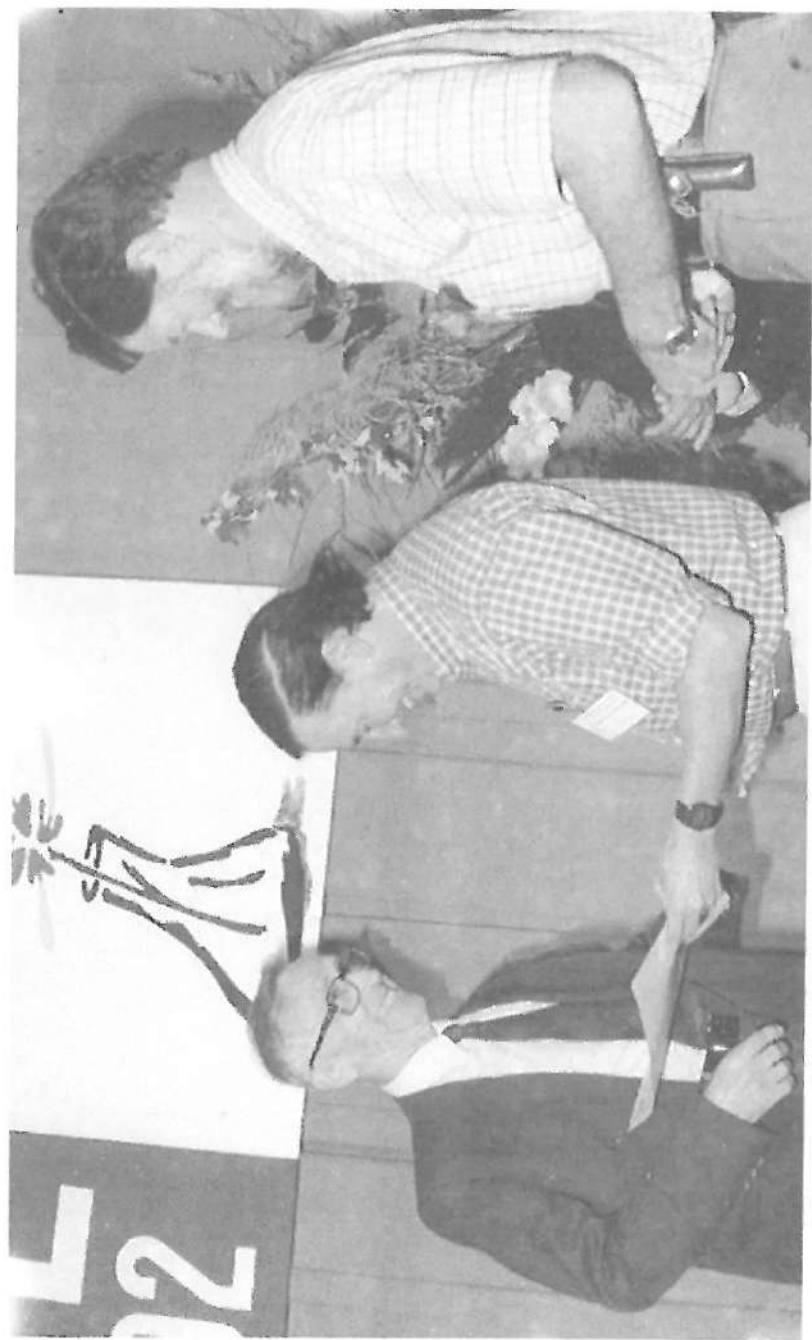
De izquierda a derecha: Alberto Soriano, Chitara Movia, Raúl Trabuco, Ani de Sala, Rolando J.C. León y esposa, Jorge H. Lemcoff y esposa, y Tomás M. Schlichter, en la XI Reunión Argentina de Ecología, Río Cuarto, Córdoba, 1976.



Almuerzo en el IFEVA, septiembre de 1979. De izquierda a derecha: Alberto Soriano, Perla Agrazar de Soriano, Víctor Deregibus, Antonio Hall y Silvia Burkart.



Encuentro en Pampa del Castillo (Chubut) de dos equipos de trabajo de la Cátedra de Ecología, enero de 1980. De izquierda a derecha: Verónica y Rosario Soriano, Alberto Soriano, José M. Facelli, Gabriel Soriano, Ernesto Keegan, Chiara Movia, Luis Berasategui. Foto: Rolando J.C. León.



Alberto Soriano entregando distinciones a dos de sus discípulos (Rodolfo A. Sánchez y Antonio Hall) durante la XIX Reunión Argentina de Fisiología Vegetal, Huerta Grande, Córdoba, 1992.



Almuerzo en una duna vecina al Centro Nacional Patagónico, durante la realización de la XVI Reunión Argentina de Ecología, Puerto Madryn, Chubut. De izquierda a derecha: Alberto Soriano, Pedro Insausti, Marina Omacini, Pablo Roset, Martín Oesterheld, María Semmartín, Enrique Chanuton, Hernán Trebino y Juan Loreti. Año: 1993. Foto: Rolando J.C. León.



Edificio de las cátedras de Botánica Agrícola y Fisiología Vegetal y Fitogeografía. Año: 1976. (Foto: R.J.C. León).



Algunos participantes del taller sobre metodologías de estudio del pastizal. Año: 1972. De izquierda a derecha: Fidel Roig, Alberto Soriano, Ezequiel Fonseca, A. Bordón, Rolando Braun, Ricardo Luti, Francisca Galera, Jorge Morello, Dina Sejzer, Rodolfo Burkart, Jorge Adamoli, Mercedes Berzal, Gustavo Bronstein, María Morlans, Gilberto Gallopin y Guillermo Goldstein. (Foto: R.J.C. León).

XI

Tengo la convicción de que la Providencia me fue propicia a lo largo de mi ya larga vida. Por ejemplo, fue providencial que se cruzara en mi camino la figura excepcional de Alberto Soriano. Me parece ilustrativo para conocer aspectos de la personalidad de Soriano no perfilados en sus trabajos científicos, rememorar brevemente sus comienzos en la Facultad de Agronomía de la UBA, a partir de los inicios de nuestra relación.

Siendo técnico de la Secretaría de Agricultura en la década del '50, Soriano necesitó ayudantes y recurrió a su ex profesor, Lorenzo Parodi, para tratar de obtenerlos. Le pidió una lista de los estudiantes que habían sido sobresalientes en el último curso de Botánica y los llamó para ofrecerles tarea en su laboratorio de la Estación Experimental de Castelar. Así fuimos incorporados a su grupo algunos estudiantes y durante varios meses trabajamos bajo su dirección seleccionando semillas, poniéndolas a germinar en cajas de Petri, contando plántulas, pesando material vegetal seco, etc. En mi caso duró poco la experiencia de ir cada mañana al laboratorio en Castelar, pues al mismo tiempo, durante la tarde, cursaba las materias de 3º año de la carrera, y trabajaba de 20 a 24 hs como operador en la central telefónica manual de San Fernando. A los 4 ó 5 meses de iniciar esas tareas, la imposibilidad de servirme de un halómetro (inunca fui diestro en el uso de aparatos!), por ser incapaz de utilizar mis elementales conocimientos del puente de Wheatstone para hacerlo funcionar, apresuró mi decisión de aliviar mis compromisos y de concentrarme en el cumplimiento de la carrera.

Soriano probablemente olvidó o no reparó en mi fracaso con el halómetro, porque cuando ganó el concurso de Profesor Titular de Fisiología Vegetal y Fitogeografía, en la Facultad de Agronomía, al regularizarse la Universidad después de 1955, me buscó y me ofreció un

cargo de Ayudante. Yo acababa de recibirme pero aún no había encontrado ubicación profesional. Mi preparación en el área forestal, luego de tres pasantías de verano en establecimientos y proyectos de la Administración Nacional de Bosques, no resultaban ya antecedentes útiles en momentos en que esa repartición comenzaba a ser desmantelada en cumplimiento de nuevas políticas nacionales. Soriano decidió incorporarme al equipo docente recién formado, no obstante mi reconocimiento, durante mi primer entrevista, de mi pobre manejo del inglés, de mi deficiente preparación en Fisiología Vegetal, de mi bajo promedio en la carrera (argumentó que en el Departamento de Alumnos le habían informado que yo poseía uno de los 10 promedios más altos de la promoción, ¡con 6,9!) y de otras características que yo consideraba poco auspiciosas para mi desempeño.

La Cátedra estaba formada por el flamante Profesor, un Jefe de Trabajos Prácticos prestado por la Cátedra de Botánica (Felipe Freier), un Ayudante de Primera (Juan Pablo Lewis), un Ayudante de Segunda (el que suscribe), dos Becarios (Alfredo Utsumi y Marta Panti), y un Ayudante Alumno (Alberto Suero).

Una de mis primeras tareas fue adaptar, al curso de Fisiología Vegetal y Fitogeografía que se dictaría por segunda vez, una guía de trabajos prácticos utilizada en la Universidad de California, que ya había traducido el Ing. Felipe Freier. La puesta a punto de esos trabajos prácticos de Fisiología Vegetal fue el objetivo principal de la tarea común durante esos primeros meses... ¡y años! Naturalmente que yo me sentí cómodo sólo cuando debimos preparar a campo los trabajos prácticos de la parte del curso relacionada con la vegetación a nivel de comunidad. Mi relativamente buena preparación botánica permitía que, en los pastizales, en los bosques, o en los cultivos con sus malezas, yo me sintiera más autónomo.

La Cátedra en esa época, 1956-1963, tenía sede en tres ambientes de la planta baja del Pabellón de Genética. A la izquierda del hall del edificio se suceden: un ambiente pequeño adonde se ubicaba el Profesor, un segundo más grande con mesadas de mármol, el laboratorio, y a continuación uno más grande aún, el laboratorio de trabajos prácticos. El primero y el segundo fueron bautizados como A. Schimper y Julius v. Sachs, en homenaje a un destacado fitogeógrafo inglés y a un prestigioso fisiólogo vegetal alemán. El último es el actual aula Arturo E.

Burkart. El edificio donde actualmente están las Cátedras de Botánica (1º piso) y las de Fisiología y Ecología (planta baja) fue construido con un subsidio de CAFPTA-INTA, concedido a pedido de los Prof. Parodi, Soriano y Boelcke.

La planta baja de ese edificio fue entonces el núcleo, a partir del cual derivó la actual estructura del IFEVA. A partir de 1964 la Cátedra tuvo allí sus oficinas, aula de Trabajos Prácticos, laboratorios y depósito. El laboratorio de Soriano se llamó A. Humboldt y el aula principal De Vries. Desde 1969 aproximadamente, siendo ya Profesor Asociado, yo ocupé el ex escritorio de Alberto Soriano, el Schimper ya aludido, en el viejo Pabellón de Genética.

Centrando ya mis recuerdos en Soriano, "el Jefe" (como algunos lo llamábamos) debo decir que en aquella época no resultaba de trato fácil para la mayoría de las personas. Siempre fue muy directo en sus apreciaciones e incapaz de mostrarse locuaz o simpático ante el primer contacto con la gente. Su trato no era ríspido pero no se adornaba con ningún elemento de tipo adulatorio. Con sus colaboradores y alumnos, en cambio, tanto en el aula, el laboratorio, el campo, los talleres o las comisiones de trabajo, se mostró siempre muy afable, comunicativo y de conversación fácil. Yo gocé siempre de ese trato cordial que la frecuencia de los viajes y la cercanía que estos determinan, contribuyó a transformarse en amistad. Y esto rápidamente me condujo a un acercamiento con los miembros de su familia. Disfruté tanto de los postres que preparaba Perla como de los bizcochos que elaboraban entre todos. Vi crecer a sus hijos y ayudé a definir alguna de sus preferencias, ino siempre aquéllas que el padre apreciaba! Recuerdo que un sábado de diciembre de 1965 con dos ayudantes fuimos a visitar un pastizal en Cañuelas que fue finalmente elegido para realizar el trabajo práctico a campo de análisis de la comunidad. Nos acompañó Rafael, su hijo mayor que a la sazón tenía 14 años. En varias oportunidades tarareamos o cantamos distintos temas musicales. Yo intercalé, seguramente, algún tema de mi preferencia de los Beatles, sin reparar en que ese hecho constituiría un argumento que Rafael usaría muy bien al día siguiente. "Porqué no, papá? si a León también le gusta". "Sí Rolando", me dijo Soriano el sábado siguiente, "hace una semana que en mi casa no se escucha mas que música de los Beatles, y ¡Ud. es el responsable principal!".

Soriano era apasionado por la música. Cuando trabajábamos en el laboratorio podíamos escuchar los programas de Radio Nacional que

él sintonizaba en la radio que había instalado en su escritorio. También nos acostumbramos a escucharlo cantando aquello que lo motivaba especialmente. Su hermano mayor tenía muy buena voz y especial disposición para la música y él pudo aprovechar esa temprana influencia. Recordaba con facilidad melodías de óperas, zarzuelas, cantatas o conciertos. Cantaba lieder en su idioma original y reconocía, con facilidad, sus orquestas y sus intérpretes vocales favoritos. Una vez le comenté, como lo hacía habitualmente, una película inglesa que me había impactado especialmente, con el acento puesto en la música usada en una escena particular. El protagonista esperaba ansioso, escuchando música, la llegada de alguien que finalmente no se produce. La cámara enfocaba alternativamente el pick up que se desplazaba sobre el disco y el vaso de whisky que se vaciaba poco a poco mientras se desgranaba una melodía maravillosa cantada a 3 ó 4 voces. “¿Qué será esa música Soriano?, ¿quién será el autor?”le pregunté. “Rolando, es de Mozart, es el trio del primer acto de *Così fan tutte*, “Suave sia il vento”, que cantan Fiordiligi, Dorabella y Don Alfonso. Yo también ví esa película pero hace varios años en E.E.U.U.” ¡Increible! ¡Yo sólo demoré horas en agenciarme de una versión de la ópera! en la que, sin ninguna duda, estaba el tema que me desvelaba.

Generalmente coincidíamos con Soriano en los gustos musicales, aunque él era infinitamente más conocedor y analítico que yo. No obstante, recuerdo una disparidad muy fuerte, en relación con Tchaikovsky. Mi gran apego a la Sinfonía Patética, a “La dama de pique” y a “Eugen Onegin”, no encontraba eco en Soriano. “No, Rolando, lo único que yo aprecio de él son sus canciones”. Así descubrí las magníficas: “¡Bosque, te bendigo!”, “Nadie más que un corazón solitario...”, “Yo no era una pequeña hoja de pasto”, que después escuché mil veces cantadas por Elena Obratsowa.

Soriano también contribuyó a mi acercamiento a nuevas fuentes literarias. En la década del '50 me prestó libros que incentivaron mi predisposición a viajar: “Viaje a la Alcarria” de Camilo José Cela, “Campos de Nijar” de José Goytisolo, o “El nacimiento de la Odisea” de Jean Giono. Más recientemente, “Jardín de Aclimatación” de Ives Navarre, “El diciembre del decano” de Saul Bellow, que me regalaba después de seleccionarlos en las bandejas de ofertas de las librerías de la calle Corrientes. En ellas encontró un día, a muy bajo precio, una novela que en su momento no había publicado la Editorial que le había encargado a

él, ¡y pagado!, la traducción. Se trataba de "El hombre en el asno" de H.F.M. Prescott publicada varias décadas más tarde, sin mención del traductor original. En otra circunstancia durante 1962, cuando yo debía viajar a trabajar en el laboratorio de Geobotánica, en Zürich, le pedí a Soriano que me dijera cuál era, a su juicio, el escritor argentino más importante en ese momento. Sin dudar mucho me respondió que su preferido era Borges, y que probablemente él fuera el más reconocido en el exterior. En menos de seis meses comprobé que el único autor argentino cuyos libros traducidos veía en los escaparates de las librerías de Amsterdam, Hamburgo, Zürich, París o Milano era Jorge Luis Borges.

Una última anécdota, ahora distante del mundo de la música o de la literatura. Corría la década del '70 y se sucedían en la Facultad autoridades impuestas, entre gallos y media noche, por los gobiernos de turno o por las agrupaciones político-estudiantiles, éstas con actuaciones no menos autoritarias o arbitrarias que las de aquéllos. Uno de los Decanos, tal vez buen profesional pero con escaso nivel académico y con definida orientación política (que coincidían naturalmente con la del gobierno), invitó al Ministro de Educación a visitar la Facultad. El Ministro ya había ejercido esa misma función 20 años antes acompañando al mismo presidente de la Nación. ¡Evidentemente no se esperaba de él un desempeño innovativo en el área! Varios días después de la visita, Alberto Soriano se cruzó en un pasillo del Pabellón Central con el Decano que lo saludó y le comentó lo gratamente impresionado que había quedado el Ministro durante su reciente visita. "Visitamos su cátedra, Ingeniero -le dijo- y el Ministro quedó chocho con lo que vio". "¿No le parece señor Decano que el Ministro ya estaba chocho antes de visitar la Cátedra?" fue la rápida y cortante respuesta de Soriano.

ROLANDO J.C.LEÓN

XII

Quiero brindar mi homenaje al Ing. Agr. Alberto Soriano recordando tres episodios de su vida de los cuales fui testigo y que me marcaron profundamente como ejemplos de humildad, trabajo, ternura y tenacidad. Fueron tres momentos a lo largo de unos 20 años, el primero siendo alumno, el segundo joven graduado empezando a investigar y el tercero ya con una función inesperada y de alta responsabilidad. En cada etapa fui conmovido por los hechos que aquí relato y creo nos ilustran respecto de su rica personalidad.

Estaba cursando la carrera entre cuarto y quinto año (años 1977/78), era verano, y enfrentaba mi primer ensayo a campo. El tema investigado era polinización fraccionada en estigmas de maíz. Antes, ya había tenido un traspie importante cuando apliqué urea granulada al voleo con tal puntería que varios gránulos ingresaron en el cartucho de hojas juveniles. Terminada la tarea me retiré, pero el stress salino fue rápido y al rato recibí una llamada urgente de Antonio Hall, el director del proyecto, que me produjo mayor stress que las sales a las hojas de maíz. Rápidamente lavé las plantas y pudimos recuperarlas. Ahora, el trabajo consistía en polinizar en forma controlada fracciones crecientes de estigmas, y luego no polenizarlos por varios días. Para ello todas las espigas debían estar cubiertas por bolsas de papel, al igual que las panojas de las que tempranamente recogíamos el polen necesario para la operación. Como ya sabíamos que todo debía hacerse en pocos minutos ya que el polen moría rápidamente, se planificó un trabajo coordinado y en pareja. Llegado el momento clave, Antonio Hall que tenía previsto tomarse vacaciones (enero), me anunció que alguien me ayudaría por unos días. El día previsto y sin yo saber quien sería el colaborador, se presentó el Ing. Soriano pidiéndome que le diera las instrucciones para colaborar en mi tarea. Las emociones mezcladas que esto produjo fue-

ron muchas, si bien la Cátedra era muy pequeña, personalmente nunca había tenido oportunidad de dialogar personalmente a solas con él. Tener que explicar qué y cómo hacer fue difícil para un novato frente a una personalidad como la suya. Su humildad de alguna manera, lo digo con rubor, hizo que fuera mi colaborador/ayudante por unos días. Por supuesto que todo lo hizo muy bien.

Unos años después comenzamos a trabajar con girasol, y Antonio hizo un convenio muy importante con la empresa Continental. Los ensayos, durante varios veranos, se hicieron en Junín (Pcia. de Buenos Aires). El primero de ellos fue en macetas de gran volumen, en hidroponía, con arena gruesa como sustrato. Dos líneas endocriadas eran sometidas a sequía en distintos momentos ontogénicos. El Ing. Soriano nos pidió que colocáramos caños de acrílico transparente de forma tal de introducir un espejo que permitiera ver las raíces, una especie de periscopio al revés. En los momentos previstos llegó con su autito (creo que era el Renault 4 rojo) acompañado de Perla, su esposa. Mientras él hacía las observaciones, ella, sentada en un banquito con un gran sombrero de paja, anotaba en un cuaderno. Así estuvieron durante dos jornadas de ese verano. La imagen de ambos era realmente tierna y potente al mismo tiempo, mostraba al investigador ya consagrado tomando personalmente los datos que le ayudaran a entender mejor un proceso y al ser humano en su relación afectiva más profunda; relación que, sabemos, mantuvo siempre con el mismo cariño y dedicación.

El tercer momento sucedió pocos días antes de fallecer, en la clínica en la que lo trataban, cuando aún había alguna esperanza de controlar la enfermedad. Rolando, quien frecuentemente colaboraba con los hijos en estos menesteres, me permitió que los acompañara. La última imagen que tengo es la de Soriano dentro en una especie de cápsula cerrada (le hacían oxigenoterapia), con muy poco lugar para moverse pero corrigiendo manuscritos científicos con una dedicación asombrosa. Como no tenía lapicera, se las arreglaba con sus uñas para hacer marcas en aquellos pasajes del texto que merecían alguna corrección. Fue francamente estremecedor y conmovedor ver el apego a su misión y su necesidad de seguir dando más de sí.

FERNANDO VILELLA

Homenajes

XIII

Al Maestro inolvidable

Muchos tuvimos la suerte a través de trabajos y momentos compartidos de conocer no sólo la calidad profesional sino también las cualidades humanas de Alberto Soriano. Estos recuerdos que pretendo transmitir son mi modesto homenaje a su memoria con el deseo de que nuevas generaciones lleguen a tener una idea cabal de quien fue un maestro por antonomasia.

En el año 1953 se realizó en la Argentina el primer curso sobre pastizales naturales patrocinado por el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA) y la Dirección de Investigaciones Agrícolas del entonces Ministerio de Agricultura de la Nación, en el que participaron especialistas de Estados Unidos de América y de Nueva Zelanda. Las actividades del curso se llevaron a cabo en dos localidades que representaban distintos planteos ecológicos, Esquel en el Oeste del Chubut y Tandil en la Provincia de Buenos Aires. Las tareas de coordinación, organización, traducción etc., estuvieron a cargo de los Ing. Agr. Alberto Soriano y Osvaldo Boelcke, integrantes por aquel entonces del Instituto de Botánica de la Dirección de Investigaciones Agrícolas.

Fue a raíz de ese curso realizado en gran parte en Esquel, que tuve conocimiento sobre el Ing. Soriano y su particular inclinación de llevar adelante estudios sobre la Patagonia, aspecto éste que me interesaba por ser oriundo de la región y estudiante de agronomía.

Pasado un tiempo y recién recibido tuve la oportunidad justamente en Esquel, de conocer personalmente al Ing. Soriano. Su personalidad, sencillez y claridad de pensamiento me impactaron inmediatamente. Luego de unas charlas surgió la posibilidad de trabajar con él atendiendo los ensayos que llevaba en la zona, para lo cual se ocuparía

de realizar los trámites necesarios para concretar lo planeado. Al poco tiempo recibí la comunicación para comenzar las actividades, iniciando así una relación que perduraría por más de cuarenta años.

Después de los primeros trabajos era imprescindible la capacitación, que lógicamente estuvo a cargo de Soriano. Esta se llevó a cabo en el Laboratorio de Ecología en el Centro Nacional de Investigaciones en Castelar (Pcia. de Buenos Aires). El Centro no era lo que es actualmente, sino que solo había dos o tres institutos e incluso existían varias viviendas, una de las cuales era ocupada por el Ing. Soriano y su familia, en-tonces integrada por su esposa Perla y dos hijos, Rafael y Rosario, luego vendrían Gabriel y Verónica.

En el laboratorio había un clima de trabajo y relaciones personales muy estimulantes debido fundamentalmente a la manera de ser de Soriano. Comentaba las cosas, daba las directivas, y en forma coloquial nos decía que leyéramos algunos trabajos, o que buscáramos una determinada bibliografía sobre un problema que se estaba estudiando, y al cabo de algunos días, así como al pasar, nos preguntaba la opinión personal de lo leído; de esta manera se producía el análisis sobre el particular. Soriano era exigente no sólo con sus discípulos sino también consigo mismo.

Desde ese laboratorio se organizaron muchos viajes a la Patagonia. Algunos duraban un mes o más y participábamos tres o cuatro de los que trabajábamos en el mismo, incluido el Ing. Soriano. En esas circunstancias surgía la personalidad del maestro. Un ejemplo era con los gastos de alojamiento y comida, se hacía un fondo común con lo destinado al viaje incluyendo los viáticos de los que disponían de éstos, ya que había quienes no los tenían y de esa manera se nivelaban las diferencias entre los integrantes del grupo.

Esos viajes eran de un aprendizaje permanente y enriquecedor no solo con lo vinculado al trabajo específico sino también a otros aspectos de la vida cotidiana en los que no estaban ausentes las referencias culturales. Soriano nos recomendaba lecturas y comentaba obras leídas. Además, como buen amante de la música le gustaba tararear trozos de óperas u otras composiciones.

En una oportunidad recorríamos la ruta tres hacia el sur y como todos sabemos, justo antes de llegar a Puerto Madryn, desde lo alto, se

despliega una magnífica vista del mar; en ese punto Soriano hizo detener el vehículo para que uno de los integrantes, que no conocía el mar, pudiera apreciar la belleza del panorama que teníamos ante nosotros. Nuestro compañero no tuvo una reacción de asombro como lo esperábamos y Soriano tan vehemente, repetía con insistencia -pero vea, fíjese en ese panorama, no puedo imaginar que no le produzca una reacción-, así era Soriano, se interesaba por todo.

Muchos son los recuerdos y pequeñas anécdotas que guardo de Soriano, en las cuales siempre se manifestaba su modestia y sencillez en todos los aspectos de la vida. En una ocasión recorriendo la Patagonia llegamos a la Estación Experimental de Río Mayo, en el centro del Chubut, para observar ensayos y clausuras. Uno de los obreros que conocía bien a Soriano al saludarlo le dijo -los mismos zapatos e' siempre, se ve que el ingeniero no se ha acomodado-, refiriéndose a los gruesos botines "patria" que usaba en esa oportunidad.

Alrededor del año 1956, Soriano siguiendo su profunda vocación por la enseñanza, se presentó a concurso en la entonces Facultad de Agronomía y Veterinaria para la Cátedra de Fisiología Vegetal y Fitogeografía, ganándolo. No obstante lo cual siguió colaborando estrechamente con el INTA en muchas actividades y principalmente en lo relacionado a los estudios sobre la Patagonia. El Instituto formó un grupo de trabajo y Soriano fue el encargado de la capacitación del mismo, razón por la cual se lo conoció como "los Sorianitos".

En el año 1964 se produce en la entonces Unión Soviética una cierta apertura hacia los países fuera de su órbita y la Organización para la Agricultura y la Alimentación de las Naciones Unidas (FAO) organizó un curso-seminario sobre zonas áridas con el propósito de hacer conocer el desarrollo de esas áreas en la URSS. La misma invitó a países de diferentes continentes a presentar candidatos para participar del mismo. Por la Argentina fuimos seleccionados el Ing. Soriano y yo. Luego de algunas vicisitudes, partimos hacia Moscú vía Roma para incorporarnos al curso cuya duración sería de aproximadamente tres meses. Su centro de actividades estaba localizado en la capital de la República de Kazajistán, la ciudad de Alma Ata. El curso-seminario comprendía visitas a proyectos de desarrollo, campos experimentales, laboratorios, etc., en una amplia región del Asia Central en las Repúblicas de Kazajistán y Uzbekistán. Además, tuvimos la oportunidad de conocer

lugares tan fascinantes como Taskent, Samarcanda, Bukhara por nombrar sólo los más conocidas por su importancia histórica, si recordamos la ruta de Marco Polo.

En todo ese tiempo compartimos desde la habitación hasta innumerables anécdotas y momentos de toda índole y debo reconocer que como era de esperar, Soriano fue un compañero excelente con buen sentido del humor y de la convivencia.

En este curso-seminario había alrededor de 30 participantes, provenientes como dijimos de los más diversos países. Soriano inmediatamente se destacó por sus juicios, dedicación, conocimientos y personalidad, resultando el mejor delegado junto con un investigador del Instituto Vulcani de Israel.

El curso tenía sus dificultades pues lo expuesto por los disertantes pasaba en algunas ocasiones, por dos traducciones, del idioma kazako al ruso y del ruso al inglés y el inglés no siempre era fluido. En consecuencia, había momentos en que las mismas se trababan en tal forma que resultaban al final, de libre interpretación. A esto se sumaba el hecho de que era evidente que había un manifiesto interés por mostrar los logros obtenidos y no tanto en explicar metodología de trabajo. Recuerdo que en una estación experimental nos explicaron que para determinar la capacidad de carga o la producción de un pastizal tomaban cantidades de muestras que nos parecieron exageradas, incluso por la homogeneidad del mismo. Luego de muchas discusiones para averiguar la razón de esto, la contestación que nos dieron fue que tenían instrucciones de la oficina central para realizarlo de ese modo y no de otro.

En la época en que se efectuó el curso esas localidades del Asia Central prácticamente no habían tenido contacto con el mundo occidental, por lo que nuestra presencia despertaba una notable curiosidad y no había forma de pasar desapercibidos. Soriano tenía un saco con aplicaciones de cuero en los codos, eso llamaba tanto la atención de las señoras que en más de una oportunidad, lo paraban en la calle para ver de qué se trataba, le miraban la manga la tocaban y hacían comentarios; como hablaban en kazako no había entendimiento. A Soriano le causaba mucha gracia. Cabe aclarar que en general la gente era muy cordial y hacía estas cosas con la mayor naturalidad.

Soriano era un buen observador de la realidad y esto podía comprobarlo a menudo, tanto en el quehacer específico como en otras oca-

siones que se nos presentaron. Así por ejemplo fuimos a ver expresamente, una representación de "Otello" con actores locales y en idioma kazako, para observar cómo reaccionaría el público ante una obra tan alejada culturalmente de ellos. Nos sorprendió el interés y la emoción que les produjo el drama, aunque para nosotros fue casi grotesca la aparición de una Desdemona obesa que Otello casi no podía alzar.

Un problema que se nos presentó con frecuencia fue hacernos entender por los mozos del comedor. El menú estaba en ruso y en kazako y aún cuando habíamos aprendido algo del primero, que nos permitía manejarnos, no lo lográbamos con la comida. Cuando acertábamos, lo registrábamos para así volver a pedir lo mismo otro día, en realidad casi nunca dábamos en el clavo y nos servían otra cosa, ya rendidos por las evidencias y la poca habilidad del mozo, Soriano decidió que hiciéramos apuestas sobre qué nos servirían con relación a lo que suponíamos haber pedido.

Este viaje resultó una experiencia muy interesante tanto en lo técnico como en lo cultural, aún cuando todo resultaba difícil y complicado no sólo por el idioma sino también por las disposiciones del régimen político del momento. Por ejemplo, no bien llegamos a Moscú, Soriano le expresó al encargado del seminario su particular interés en visitar el Instituto Vavilov, pero como no estaba programado, nos dieron las excusas más inverosímiles que impidieron que realizáramos esa visita. Si conseguimos localidades para asistir al teatro Bolshoi para ver "El lago de los cisnes". Sin embargo, sin previo aviso, cuando llegamos al teatro nos enteramos que habían cambiado el programa. Finalmente vimos "Don Quijote" en una excelente representación.

Soriano era un hombre menudo, delgado, de tez morena, ojos vivaces, mas bien callado, poseía una inteligencia excepcional y una sólida formación humanística, que vivía modestamente, fiel a sus principios. Certero en sus juicios, a veces mordaces e irónicos. Como toda persona sobresaliente no era fácil ni simple, pero reconocía sus errores y no tenía problemas en retractarse.

Fue un excelente formador de profesionales; casi todos los proyectos de capacitación de post-grado que se llevaron a cabo contaron con su participación. Por eso actualmente la escuela de posgrado de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires lleva mercedamente su nombre. Un número importante de sus discípulos han

sido galardonados con las más importantes distinciones en las áreas biológicas y agronómicas.

Finalmente, los que hemos gozado de su amistad y de su maestría podemos decir con absoluta certeza que Soriano fue "el maestro inolvidable".

JORGE BRUN

XIV

Amigos desconocidos;

Alberto Soriano, nos formó en el amor.

Nos enseñó cómo es ser sencillo, humilde y solidario.

Nos enseñó la virtud de la austeridad, y el valor de la resignación de los grandes.

Amigos desconocidos;

Alberto Soriano, nos enseñó las cosas lindas, bellas y grandes de la vida. Para vivirla con alegría y asombro infinito frente a la creación.

Amigos desconocidos;

Como Alberto Soriano además nos formó en el método y el razonamiento crítico, en la búsqueda incansable, infatigable e intelectualmente honesta, de los resultados, para muchos de nosotros significó la alegría de poder decir que tuvimos la fortuna de haber conocido a un verdadero maestro y el de haber sido sus discípulos.

En honor a su memoria esperamos no defraudarlo.

NÉSTOR MARANGÓN

XV

A fines de 1961 regresé de Canadá con un “Master of Science in Plant Physiology” de la Universidad de Toronto. Luego de tres meses de buscar trabajo, decidí ir a ver al entonces Decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, Dr. Héctor Camberos, a quien yo había conocido en su visita al College canadiense donde yo estaba estudiando. Me dijo -hay un Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra de Fisiología Vegetal que se va a Suiza para hacer un doctorado, si le interesa yo le hablo al Ing. Alberto Soriano que es el titular de la misma.

El que viajaba a Suiza era Rolando León. A partir de allí se inicia para mí una valiosa nueva etapa, los tres años que trabajé en la Facultad de Agronomía de la UBA fueron de enriquecimiento académico, pero por encima de ello un permanente ejemplo de enseñanza de vida.

Tuve el privilegio de haber compartido muchas horas con un auténtico hombre de talento, con una sensibilidad exquisita para inspirarle amor a la verdad y rechazo a la mentira. A mi alarde juvenil de reciente posgraduado externo en fisiología vegetal, me replicó la humildad del maestro. Las clases de Alberto Soriano eran más profundas que las de algunos de mis profesores recientes, y llevaba a cabo investigación fundamental de primer nivel, en donde la inteligencia compensaba la escasez de medios disponibles. Su gestión presentaba una eficiencia no estridente, que no aceptaba la mediocridad que frecuentemente rodea al ambiente universitario.

Su dedicación a la ciencia como una actividad normal sin omitir esfuerzo personal o tiempo, y su carácter afable pero firme combinado frecuentemente con el buen humor y la risa, creó una imagen de simbiosis que se fue entrelazando sutilmente con sus jóvenes discípulos,

sobre los ideales del saber por sí mismo y la ética del pensamiento científico y comportamiento humano. Así, por aquéllo que lo que se enseña no puede ser destruido, su ejemplo y escuela perduran y se multiplican a través de quienes tuvieron el privilegio de trabajar con él y los discípulos de estos. Por suerte para los argentinos.

Cada vez que pude, a partir de mi alejamiento de la Facultad de Agronomía en 1965 para trabajar en Bahía Blanca, lo visité en su despacho. Allí reavivaba como una necesidad el diálogo excelso del cual siempre yo aprendía algo nuevo, con un hombre sabio y una virtud que hoy está casi en desuso que es la humildad.

OSVALDO A. FERNÁNDEZ

XVI

Conocí al Profesor Alberto Soriano en 1971, siendo yo un estudiante de la Facultad de Agronomía de la UBA. Para nosotros tenía la imagen de docente severo y exigente. En esos tiempos circulaba la información que para aprobar el examen final de la materia Fisiología Vegetal, de la cual él era Profesor Titular, había que presentarse 2,71 veces. ¡Que alegría tuve al aprobar la materia por promoción sin examen final cuando terminé el primer curso bajo este sistema!

El tiempo pasó y mi real contacto con el Profesor Soriano, ya no como estudiante sino como colega, fue en la Dirección de Ciencia y Posgrado, de la que me hice cargo a pedido del decano Carlos Mundt. El Profesor Soriano era el Director de la Escuela para Graduados, lleno de ideas y proyectos brillantes que había que ayudar a realizar. Allí comenzó mi admiración por él: admiraba su tenacidad, su empuje, su visión de futuro, y también su humor fino y elegante. Poco a poco fui descubriendo sus otros intereses y me dio mucha alegría el saber que amaba la buena música. En repetidas oportunidades mostró interés por mi actividad como cantante lírico. Comencé entonces a informarle de cada concierto en el que participaba. En varias oportunidades lo encontré entre el público, pero reconozco que fueron las canciones de Carlos Guastavino que integran el ciclo "Flores argentinas" sobre poesías de León Benarós, las que despertaron más elogios de su parte. Conocí entonces al Profesor severo que sabía, al mismo tiempo, enternecerse ante el buen arte y la belleza de las cosas simples y puras.

Gracias Profesor Soriano por haberlo podido conocer.

XVII

Los verdaderos maestros no sólo enseñan su materia con singular generosidad sino que enseñan a pensar y, en último término, a vivir. Se los valora a pesar que no ocultan aquello que no saben. El desconocimiento nunca es visto con falta de esperanza sino que es transformado en una apasionada y optimista búsqueda de la verdad. Esa búsqueda se hace con grandeza de ánimo donde no caben problemas insolubles. Su actividad crea un ambiente de trabajo serio, paciente y alegre. Los que los rodean generan conocimiento, confiando en que, en algún momento, la verdad obtenida abarcará un terreno suficientemente amplio como para adquirir valor práctico y manifestar su poder transformador. Esto hace que a su alrededor se congregue gente atraída por ese ambiente tan poco común. Este atractivo es una de las razones que explican porqué los verdaderos maestros crean siempre una escuela. Y en el caso de Soriano el resultado está a la vista.

Trabajé con A. Soriano desde que aprobé Fisiología Vegetal, en diciembre de 1964, hasta el año 1971. Recuerdo mis inicios en la Cátedra, con un grupo inolvidable de amigos. Habíamos tenido otros profesores excelentes y con fama reconocida por la comunidad científica internacional. Sin embargo, decidí, movido por ese “ambiente” que he mencionado, incorporarme al equipo de Soriano.

Desde el primer día A. Soriano confió en mí. Mis evidentes limitaciones, tuvieron dos clases de reacciones por parte de “el Jefe” como solíamos referirnos a él cuando no estaba presente. La primera es que nunca aceptó algo mal hecho. Siempre me costó escribir y por tanto, era frecuente en mí un estilo telegráfico y muy poco elaborado. Soriano me pedía habitualmente que re-escribiese los trabajos que le llevaba. Según decía, sabía que lo podía hacer mejor. Reconozco que siempre me daba mucho fastidio tener que revisar lo que para mí estaba claramente expresado. No veía la razón para “perder el tiempo” con aspectos referidos al estilo y a las formas, si el fondo era correcto.

La segunda era reconocer los avances. No puedo olvidar mi ansiedad cuando A. Soriano empezó a encargarme seminarios internos. Luego de uno de ellos referido a la extinción de la luz en un canopeo vegetal, he recordado siempre el comentario positivo y entusiasmado de Soriano que me animó y me hizo ver que era posible mejorar.

Tanto al rechazar el trabajo mediocre como al animar y señalar los avances, seguía sirviendo a la verdad. En las dos anécdotas personales que comenté antes, yo sabía que lo que me decía era cierto, pero sus reacciones me empujaban a mirar más alto, a aspirar a lo mejor.

A. Soriano enseñaba a pensar. No sé cómo lo hizo, pero logró que mis afirmaciones, siempre tan tajantes, empezaran a ser más cuidadosas. Un día me hizo ver que mis datos eran válidos sólo para las condiciones en las que se había realizado el experimento. Fuera de esas condiciones no teníamos ningún dato que nos permitiera hacer afirmación alguna. Por tanto, no correspondía hacer extrapolaciones que no pudiesen fundamentarse. Esta forma de pensar me ha acompañado toda mi vida y se la agradezco de todo corazón. En mi posterior actividad profesional esta conciencia de los límites del propio conocimiento ha producido cierta inquietud en mis clientes que esperaban un profesional que lo supiera todo.

Pero, el reconocimiento de la verdad -y mis limitaciones son parte de ella- no ha hecho más que aumentar la confianza y producir excelentes resultados. Hoy, que tengo un poco de experiencia vivida en este terreno, recomiendo a cuantos puedo, que busquen la verdad, en todos los campos, con rigurosidad. Para ello hemos de tener conciencia clara de las limitaciones de nuestros datos y conocimientos. La verdad sólo puede producir bienes, aunque en el camino seguramente encontremos dificultades. Quiero aclarar que cuando hablo de este tema, siempre cito a A. Soriano, pues también aprendí con él a citar las fuentes.

Era católico práctico y me demostró con hechos su amplitud y respeto por las creencias diferentes a la suya. Esto no evitaba, si se buscaba, las conversaciones francas y respetuosas sobre temas religiosos en disenso. Hace un par de años, que en mi sitio de Internet, tengo una sección llamada "Recordando" donde he puesto una foto y una reseña sobre su persona.

XVIII

Cuando el Ing. Alberto Soriano se hizo cargo de la Cátedra de Fisiología Vegetal todo el instrumental que había era una balanza de platillo a la que le faltaban pesas, una estufa eléctrica cuyo termostato no funcionaba y un armario desordenado y con pocas drogas. El libro de texto que se utilizaba era "Fisiología Vegetal" de Maximov, en esos años ya totalmente desactualizado. Al derrocamiento del gobierno de Perón (1955) siguió la intervención a las Universidades. En Agronomía se desplazó a varios docentes, entre ellos al titular de Fisiología Vegetal. Cuando cursé la materia en el año 1956 las clases teóricas las daba provisoriamente el Ing. Lorenzo Parodi, Profesor de Botánica. El jefe de trabajos prácticos era el Ing. Calvelo, quién continuó en el cargo ese año y el siguiente.

En el segundo cuatrimestre comenzó a dictar las clases el Ing. Soriano. De inmediato se notó un cambio importante, el libro de texto pasó a ser "Fisiología Vegetal" de Bonner y Galston, al poco tiempo fue el de Meyer y Anderson, pero lo más importante fue que comenzamos a conocer y a consultar revistas tales como Plant Physiology. También las clases prácticas en ese primer curso cambiaron, recuerdo que en una de ellas fuimos a la Biblioteca, no sólo a fichar la bibliografía especializada sino también a saber con cuales de ellas podíamos contar.

Durante la intervención a las universidades, y luego durante el Rectorado del Dr. Risieri Frondizi hubo importantes aumentos en los fondos asignados a las universidades, ello permitió que el casi nulo instrumental con el que se contaba fuera creciendo en forma acelerada. Así se fueron incorporando balanzas de precisión, una balanza de torsión, el "Warburg" y otros elementos que ya no recuerdo. También se renovó y ordenó el droguero. Pero quizás lo más significativo de ese período fue la incorporación de Ayudantes de Cátedra. Me tocó en suerte ser el primero, pero a partir del primer curso completo que diera el Ing. Soriano, ya la materia era cuatrimestral y el número de ayudantes alumnos había crecido rápidamente, entre ellos Rodolfo Sánchez, Chiara

Movia, María Lina Gugliada. También se incorporó el Ing. Rolando León primero como ayudante y luego como Jefe de Trabajos Prácticos. En 1962 fue reemplazado por el Ing. Osvaldo Fernández (alias "allá en Canadá"). En los cursos siguientes se sumaron Silvia Burkart, Antonio Hall, Marta Pantí, Keikichi Utsumi y Blanca Arón, quien colaboraba en las investigaciones desde su trabajo en el INTA, y otros cuyos nombres ya no recuerdo. El espacio físico era cada vez más limitante, sin embargo se podía trabajar en armonía. Una característica de esos años, singular sin dudas, era que nadie cumplía horarios, ni los ayudantes alumnos (que eran honorarios) ni los ya recibidos como León y Fernández. Recuerdo las largas jornadas cuando "pelábamos" las semillas de *Datura*. Era frecuente encontrar gente trabajando tanto en las primeras horas de la madrugada, cuando se aprovechaba a usar la balanza de torsión sin que las vibraciones provocadas por el paso de vehículos por la calle Chorroarín lo impidiera, como también en las últimas horas de la tarde. Algunos estaban preparando clases y otros montando ensayos referentes a las tareas de investigaciones en marcha. Lo mismo sucedía cuando regresábamos de realizar trabajos de campo, sea en la Patagonia, en la región maicera o en la cuenca del Salado. Aunque nos ausentábamos por vacaciones o días de descanso, lo que hacíamos era retornar enseguida a la Cátedra para ordenar nuestras observaciones y continuar con la tarea iniciada. En ese ambiente de trabajo el Ing. Soriano actuaba (si se me permite decirlo así) como una enzima en un proceso biológico. Alentaba a cada uno de los colaboradores en el desarrollo de sus potencialidades. Nunca imponía una tarea y menos aún si él no podía realizarla.

El aporte del Ing. Soriano en el área del conocimiento relacionado con la Cátedra que dirigió fue sin duda muy importante. Lo que quiero recalcar de su paso por ella y por el IFEVA es la cantidad de discípulos que continúan su trayectoria. Durante el pasado mes de mayo, durante una visita que hice al Instituto pude recorrer las actuales instalaciones que ocupan un área de aproximadamente 1500 m² (el 70% ocupado por oficinas, laboratorios y cuartos con cámaras climáticas y el 30% por invernáculos) donde desarrollan sus tareas 40 investigadores, 12 técnicos y más de 60 estudiantes de grado y posgrado. Esta cantidad de recursos contrasta con la que enfrentó Soriano en sus comienzos (1957): Un laboratorio de 45 m² y la ayuda de 2-3 personas.

XIX

Fuimos compañeros con Alberto Soriano en el Instituto de Botánica del entonces Ministerio de Agricultura y Ganadería, allá por los años '50. Yo era apenas un principiante en la Botánica, mientras Alberto, al que yo conociera como uno de los colaboradores más importantes del ecólogo Papadakis, contratado por el Gobierno Argentino para confeccionar el mapa agroecológico del país, era ya un botánico distinguido y respetado. El Instituto, bajo la dirección dinámica del irrepetible Ing. Arturo Enrique Ragonese, emprendía por entonces una renovación memorable de sus cuadros técnicos al par que nuevos proyectos y actividades surgían de continuo. Siendo Soriano, como ya lo era, un personaje distinguido por su inteligencia, disciplina y espíritu crítico, no bien el mismo me encontró, al saber que yo estaba leyendo "Ensayo de una Suma Católica contra los 'Sindiós'" (publicada bajo la dirección de Iván Kologrivof), me pidió prestado el libro.

Al devolverme el libro tuvimos una interesante primera charla en que su filosa ironía incursionó en aspectos relativos al origen y la evolución de los seres vivos. Comenzó así una relación de mutuo respeto y estima.

Coincidimos luego en diversos eventos científico-técnicos, y en 1971 -si mal no recuerdo- siendo yo Director Asociado de la Escuela para Graduados en Ciencias Agropecuarias de Castelar, donde Soriano había participado como profesor del primer curso sobre Fisiología Vegetal en 1967-68, enterado que a Alberto se le habían creado obstáculos al ejercicio de su cátedra en la UBA, se me ocurrió que -puesto que residía en Castelar- sería para la Escuela una ganancia impagable designarlo como responsable del nuevo Curso de Producción Vegetal próximo a programarse. La ventaja era innegable, pues podría entonces dedicarse full-time a la Escuela. Consulté a Alberto al respecto y obtenida su venia, la propuesta fue acogida sin hesitar por el Director de la Es-

cuela Dr. Hernán Caballero y luego por el Consejo Superior y allí tuvo Soriano una oportunidad magnífica para desarrollar sin cuestionamientos sus reconocidas aptitudes de organizador y director académico de ese curso (que llegó a repetirse dos períodos), además de cumplir la función de insustituible Profesor de Fisiología Vegetal.

A su pedido y directa intervención participaron de esos cursos de Magister prestigiosos profesores del país y del extranjero, así como graduados argentinos y de países hermanos. Acaso debe buscarse en este antecedente el germen de su posterior ejercicio de fundador y Director de la Escuela de Graduados de la Facultad de Agronomía de la UBA. Tuve por entonces, a su expreso pedido, la oportunidad de poner a disposición de Soriano documentación relativa a antecedentes, organización, reglamentaciones y operativa inherente en aquel entonces a la ya desaparecida primera Escuela para Graduados establecida en Castelar por convenio entre el IICA, el INTA, la UNLP y la UBA. ¡No hay duda que le dio buen destino!

ÁNGEL MARZOCCA

XX

*The common place of the schoolbook of
tomorrow is the adventure of today*

(The Ascent of Man. J. Bronowski)

Cuando me propusieron redactar unas líneas sobre Soriano, mi primera idea fue excusarme porque no soy la persona que compartió regularmente sus tareas de docencia e investigación. Tampoco hubo entre nosotros un epistolario que intercambiara ideas o situaciones personales. Por otra parte, él observaba las plantas imaginando su contacto con la naturaleza en un entorno constituido por otros seres vivos mientras yo calculaba el procedimiento de homogenización adecuado para el análisis de los procesos bioquímicos. Sin embargo, al recordar mi paso por la Facultad de Agronomía y Veterinaria, surge la necesidad de expresar mi profundo agradecimiento a las personas que, en encuentros esporádicos, aportaron el respeto por el "lado biológico" a mi formación universitaria.

Conocí a Soriano en 1969 cuando yo estaba haciendo el doctorado en Química en la Fundación Bariloche sobre la biosíntesis de la sacarosa en tubérculos. Para cumplir con los requerimientos del doctorado y potenciar la capacitación en la Bioquímica Vegetal, mi director de tesis, el Dr. Horacio G. Pontis, consideró conveniente que cursara Fisiología Vegetal en la Facultad de Agronomía y Veterinaria. Sin embargo, uno de los dos contenidos de la materia, Ecofisiología, constituía un problema porque no encajaba en mi plan de investigación, y mi formación no era adecuada para encararla. Este inconveniente lo salvó el jefe de trabajos prácticos (Rodolfo Sanchez) proponiendo el reemplazo por un conjunto de seminarios cuyo tema central era un proceso foliar novedoso; el camino fotosintético conocido posteriormente como C_4 . El cur-

so fue excelente porque cada clase de Soriano me presentaba un tema nuevo cuyo conocimiento en profundidad requería la lectura posterior de los capítulos más recientes del *Annual Review of Plant Physiology*. En estas presentaciones, la impresión que me causaron sus comentarios sobre las hormonas gaseosas y la totipotencia de las plantas creo que atemperaron años después mi optimismo cuando el ámbito periodístico-científico destacó el descubrimiento del óxido nítrico y la generación de la oveja Dolly. Por otra parte, los trabajos prácticos no eran precisos como el análisis químico de los aceros o absorbentes como la síntesis de un compuesto orgánico pero ilustraban didácticamente los procesos fisiológicos bajo consideración. Mas aún, con ellos aprendí la utilización de experimentos sencillos para primero presentar un concepto y luego discurrir sobre los corolarios emergentes.

En ese contexto también fueron fascinantes las conversaciones que tenía los viernes por la tarde con Soriano para informarle mi desempeño en la materia. Como ello daba tema para cinco minutos, la charla continuaba con comentarios sobre los avances en la bioquímica de los azúcares. Al cabo de otros cinco minutos, Soriano comenzaba a discurrir pausadamente sobre importantes aspectos de la Fisiología Vegetal presentando las ideas que prevalecían en ese momento, generando en mí la imagen de un investigador compenetrado de los aspectos científicos de la Fisiología Vegetal y, más importante, capacitado para convencer a su interlocutor sobre la importancia que la misma tiene para la humanidad.

Finalizado ese cuatrimestre, retorné a Bariloche para finalizar la tesis doctoral y en 1974 me trasladé a Berkeley para realizar el postdoctorado en el estudio de la activación de las enzimas por la luz. A mi regreso en 1979, ya instalado en los laboratorios de la Fundación Campomar, interactué con él motivado por (a) la invitación para una conferencia plenaria en la reunión nacional de la Sociedad Argentina de Investigación Bioquímica (SAIB) (1980), (b) la generación de la carrera del Doctorado en la Facultad de Agronomía (1991) y (c) el funcionamiento de la Escuela de Graduados de esta última (1995-2000). Estas acciones conjuntas me permitieron conocer su tesón y capacidad para contribuir al mejoramiento de la educación universitaria y, además, para manejar mesuradamente “las cosas de todos los días”; en particular, la redacción de textos formales e informales.

En el período inicial de mi interacción con Soriano, las investigaciones en vegetales ocupaban la retaguardia de la investigación bioquímica. Este fenómeno no era exclusivamente argentino sino mundial como lo evidenció el artículo escrito por Israel Zelitch cuyo título indica el estado en el que se encontraba la Fisiología Vegetal respecto a otras áreas de la Biología, las médicas en particular (Has the B in FASEB been forgotten? *Fed. Proc.* 34:1307, 1975). Soriano era consciente que el desarrollo de las ciencias bioquímicas en la Argentina procedía primordialmente de la rama médica y como consecuencia, los aspectos relacionados a otras ramas de la Biología eran desconocidos para la gran mayoría de investigadores en este campo. Sin embargo, nunca expresó disconformidad con este hecho aunque sus comentarios, según mis conclusiones, resaltaban las deficiencias existentes en ellos (e.g. "en esa facultad, todas las células no tienen pared").

La Fisiología Vegetal adquirió en los últimos tres lustros no solo un desarrollo que la puso a la altura de las restantes áreas del conocimiento sino también una envergadura que excede el ámbito científico. Claramente convirtió el suministro de alimentos en un problema político y no técnico pero, como toda actividad, nuevos problemas surgen permanentemente y algunos antiguos permanecen desconocidos. El impresionante desarrollo de las comunicaciones favoreció la diseminación de los resultados experimentales y así los hallazgos en el área de los vegetales permearon a otros campos del conocimiento. Las plantas transgénicas, la secuenciación del genoma de *Arabidopsis thaliana* y la "planta virtual" dieron otra perspectiva a la Bioquímica y la Biología Molecular de los vegetales generando una relación más laxa y fluida con las diferentes áreas científicas; ¡salvo cuando se discute la distribución de los recursos para investigación!.

La utilización de las máquinas en la investigación aumentó la velocidad de acumulación de datos y con ello los conceptos emergentes de los mismos cambian rápidamente. En este contexto desconocido previamente, me hubiera gustado escuchar los comentarios de Soriano porque imagino que su profundo análisis primero serviría para vislumbrar nuevos caminos y luego pondría énfasis en un aspecto olvidado actualmente; *i.e.* el carácter humanista de la ciencia. Pero más me hubiera gustado que leyera estas líneas no para que conociera mis sentimientos hacia él sino para indicarme los errores de sintaxis que contiene mi reconocimiento.

*Al infatigable docente universitario,
que fió tozudamente
en mi vocación agronómica*

Sino Científico

*Trato de imaginar
al Ingeniero Alberto Soriano
horadando
hacia el poniente
crepúsculos polvorientos
del sudoeste del Chubut.*

*Creo vislumbrar
su silueta silenciosa,
sentada en buses esforzados,
perforando,
con su vista,
los cristales,
en busca de una hierba
intrigante
de la estepa patagónica.*

⁸Poesía publicada en "Elegidos 2003 – I Antología Internacional de Poesía y Narrativa", Editorial Aries, 2003, Junín, Argentina, pp 50-51.

*No lo puedo entrever
inactivo
en las noches de posadas,
sin engrosar
el herbario obligado
de las campañas científicas.*

*Él no hubiese trascendido
de no haber proyectado
sus elucubraciones
florísticas
sobre estudiantes de Agronomía,
ansiosos de mesetas basálticas,
ávidos de ocasos desolados.*

PACHO NAZAR

Discursos

Como aquel día de la primavera de 1998 en que bruscamente supe su muerte, vuelvo a pensar en el destino de Alberto Soriano y en los singulares rasgos de su carácter. Lo conocí en mi juventud, a fines de la década del '60 cuando Soriano visitó el Museo de La Plata para reunirse con Angel Cabrera y Humberto Fabris. En esos años, entre los botánicos jóvenes su nombre simbolizaba al científico brillante, creativo y trabajador. Recuerdo el encuentro. Sin embargo, no tengo en mi memoria el tema de nuestra conversación. Supongo debe haber sido mi tema de trabajo de ese momento, la legendaria generosidad intelectual de Soriano con los jóvenes investigadores no permite suponer otra cosa. Pero sí recuerdo intensamente la imagen que Soriano dejó en mí ese día y que me acompañará, bien lo sé, hasta el fin del camino. Esto demuestra una vez más, lo secundario de las palabras y el inmediato magisterio de una presencia. Esa imagen es la de una persona que juzga por la verdad, la bondad y la belleza, y que actúa por la igualdad, la libertad y la justicia. En una época donde prevalecen los apetitos que ciegan el alma: el dinero, el poder y la fama, Soriano es la imagen de la nobleza que obliga.

Hoy quiero cifrar esa imagen en una sola palabra: Maestro. Evidentemente, Maestro no es quien enseña hechos aislados o quien se aplica a la tarea mnemónica de aprenderlos y repetirlos, porque en tal caso una enciclopedia sería mejor maestro que un ser humano. Maestro es quien enseña con el ejemplo una manera de tratar las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el vasto e incesante universo.

⁹Discurso pronunciado durante la presentación del libro póstumo de Soriano, "Andanzas de un ecólogo en la Patagonia", en el Museo Argentino de Ciencias Naturales el 5 de mayo de 2000.

En un pasaje de la Divina Comedia, Dante se encuentra con su viejo maestro Brunetto Latini, a quien le dice con afecto y respeto -tú me enseñaste cómo una persona puede llegar a ser eterna.

Mas allá del hecho de que Brunetto le haya enseñado a escribir poesía, Dante sugiere con su frase que el magisterio es una victoria sobre la muerte, es una perpetuación del maestro en sus estudiantes. Perpetuación desinteresada, que consiste en transmitir el deseo de una humanidad digna y con un propósito moral. Asimismo, el verdadero Maestro nos hace comprender que ese deseo de una vida decente y civilizada depende de la existencia de otros seres humanos que compartan esa misma esperanza.

Soriano, con su ejemplo, nos enseña a ser eternos como lo es él.

Gracias Maestro.

JORGE V. CRISCI

Tengo el inmerecido privilegio de homenajear al Ing. Soriano en esta ocasión de designar con su nombre a la Escuela para Graduados. Inmerecido porque la invitación que nos fuera cursada dice: “destacados ex alumnos”. Lo de destacado no es cierto en mi caso aunque sí lo es para los colegas que nos acompañan y han seguido sus pasos en la investigación y la docencia. Son sus discípulos. Yo fui apenas una alumna destacada porque sacaba buenas notas, nada más. Sin embargo, represento a las Ingenieras e Ingenieros Agrónomos corrientes, gente de a pie, que ejercemos nuestra profesión con dedicación en diversas áreas, en mi caso en una que jamás hubiera imaginado cuando joven, con un desempeño aceptable y que no deja mal parados a nuestros profesores. El único mérito para que yo esté aquí es que puedo representar a ese sector profesional. Una razón más surgió de un comentario que yo le hiciera a Rolando León quien sabe de mi gran afecto por Soriano. Le decía que la presencia del Ingeniero, y su memoria, me acompañan siempre, es un sendero, es lo que hace un Maestro y que genera una deuda de por vida.

Conocía a Soriano de vista y de mentas hasta que empecé a tratarlo a diario en una época en que él coordinaba un curso de posgrado en el INTA Castelar y estaba momentáneamente alejado de esta casa. Un grupo de aprendices de brujos hostilizó su persona y su Cátedra por razones de las que da cuenta la mediocridad de muchas personas. Tuvimos así la dicha de tenerlo solo para nosotros, estudiantes de posgrado,

¹⁰Texto leído durante el acto de descubrimiento de una placa en honor a Alberto Soriano, el 21 de octubre de 1998, momento desde el cual la Escuela para Graduados de la Facultad de Agronomía lleva su nombre.

también sus vecinos, casi a tiempo completo. Éramos unos diez o doce jóvenes adultos. Cada clase que nos daba, en cada conversación, en cada examen con sus posteriores comentarios, yo sentía eso que los antiguos Griegos llamaban Aleteia, lo opuesto a lo oculto. De mi mente iban cayendo velos, unos tras otros, descubriendo nuevas dimensiones del mundo, de los fenómenos, del pensamiento, de la vida. Todos los días subíamos un escalón más en la escala zoológica. La aventura del pensamiento era tan rica que buscaba mil argucias para conversar con él, preguntarle, también contradecirle, solo por el placer de escucharlo y aprender, estaba fascinada al verlo desplegar su inteligencia y sabiduría. Como en las propagandas de cosméticos, yo fui un antes y un después de Soriano. Convirtió esta profesión en algo de calidad no vista antes, y convirtió mi vida, porque la calidad del pensamiento se extiende a todos los ámbitos de la existencia.

No sería franca si no dijera que cuando recibí la invitación para este homenaje se desencadenó en mi de modo involuntario el torbellino de la memoria y la necesidad de ordenarlo racionalmente. ¿En qué consistió el “efecto Soriano” sobre sus alumnos? Sé que el pasado no se reconstruye sino que se construye un contexto en el cual el pasado, invisible antes a la mirada, revive en lo que somos hoy. El desarrollo del pensamiento científico en términos históricos y el desarrollo cognitivo progresa a través del surgimiento de estadios discretos de organización estructural. En cada estadio emergen posibilidades nuevas de integración conceptual y, al mismo tiempo, una articulación verbal para el nuevo nivel de organización que se experimenta. Creo que este proceso es el que se operaba en nosotros, subiendo esos escalones gracias a la sabiduría y generosidad del Maestro.

¿Cómo lo hacía Soriano? Haciéndonos practicar la SKOPEI: observación con detenimiento de un hecho o fenómeno y abstención de la emisión de todo juicio hasta no haber investigado lo que hay que investigar para dar una respuesta. Recordé que Soriano nos daba como tarea para la casa redactar ensayos sobre algún tema o acerca de algunas publicaciones que nos daba a leer de distintos autores para que las explicáramos usando ese género literario, y que con claridad y rigor expusiéramos el estado del arte sobre esa cuestión. Soriano era severo en la corrección de nuestros ensayitos. Yo sentía un enorme placer redactando y practicando esa manera de observar. Adquirimos esa aptitud que enriqueció nuestra capacidad profesional y nuestra vida. Mas

aún, lo mismo que ocurrió con algunas personas que fueron unas antes, y otras mejores después del trato con Soriano; ocurrió lo mismo con la carrera de Agronomía.

Estoy convencida que los estudios agronómicos en esta casa y en todas hasta donde haya llegado su influencia, tienen un antes y un después de Soriano. Yo soy graduada de la Universidad Nacional del Sur; Rolando León y otros de la Cátedra de Soriano dieron clases allí, y doy testimonio de ello. Algo cambió. Nuestra carrera estaba plagada de conocimientos tradicionales nunca sometidos al análisis y proliferaba la doctrina de las causas finales, la teleología que tanto enojaba a Soriano. Él arrancó esos velos. Eso le acarreo varios problemas que afrontó serenamente. Muchos estudiantes de grado y posgrado se sentían ofendidos cuando los corregía o los aplazaba con justa razón. Como dijo Newton: "es que estamos parados sobre los hombros de gigantes". Y Descartes y su "cogito ergo sum": si pienso existo. Soriano nos enseñó a pensar. Gratitud infinita. Nos dio la vida. Nos convierte así en sus hijos del espíritu. Nos enseñó el pensamiento científico con su fuerza liberadora que pone límites a cualquier dogmatismo, incluyendo al de la misma ciencia. Nos ayudó a tener espíritus fuertes, escépticos, libres, y esto no porque vivamos de acuerdo con el conocimiento científico sino porque nos valemos de él en contra de cualquier esclavitud, como ya dije, de hasta la propia ciencia.

Saber pensar es indispensable para atravesar estos tiempos en que la falta de esta práctica es la ignorancia por donde se cuelan el miedo y el mal. El saber pensar nos salva de la proliferación de todas estas supercherías del fin del milenio.

Por esto, en nombre de todas las chicas y muchachos que fuimos sus alumnos y aprendimos del Maestro, evoco estos recuerdos y así le rindo homenaje al Ingeniero Soriano.

MARTA GUTIERREZ

XXIV¹¹

El otro revés de la trama (el del jefe)

Yo viví pegado a Soriano desde mi primer viaje a la estepa patagónica, hace ya 20 años. Íbamos en un Rastrojero del INTA y el jefe no paraba de cantar arias de ópera y de contar anécdotas. Muchas veces pensé: ¿qué quedará de este hombre cuando ya no esté? ¿Quién escribirá lo que él lleva adentro? ¿Nadie lo hará? Tantos viejos se han ido llevándose toda su riqueza, toda su sabiduría... Por suerte él mismo nos dejó este libro. Y la Sociedad de Botánica se embarcó en la empresa de publicarlo. Muchísimas gracias. Este libro es una contribución a mantener viva su exquisita forma de ser. Al leerlo uno no puede dejar de verlo a él mismo contando sus historias, con toda su frescura, toda su picardía, todo su interés por todo lo humano.

Muchas veces pensé: ¡cómo me gustaría contar cómo era Soriano alguna vez!

Esa vez ha llegado. Gracias nuevamente a la Sociedad de Botánica por esta oportunidad y por este honor. Desde el título del primer capítulo ("El revés de la trama"), el libro denota la intención de mostrar lo que hay detrás de la obra de un hombre, esa que todos conocen o pueden llegar a conocer. "(...) El revés de la trama puede mostrar tanto la trabazón del inconsciente como la urdimbre que tejen las circunstancias: todos esos elementos de nuestra vida quedan misteriosamente encubiertos por los dibujos que el tapiz despliega ante los ojos de quienes sólo miran el haz (...)".

¹¹Discurso pronunciado durante la presentación del libro póstumo de Soriano, "Andanzas de un ecólogo en la Patagonia", en el Museo Argentino de Ciencias Naturales el 5 de mayo de 2000.

Sin quererlo, Soriano nos hablará entonces de sí mismo. Pero hay mucho de él que no nos puede decir. Yo quiero contarles una serie de vivencias personales que lo muestran como un hombre especial. Un hombre admirable. Un verdadero sabio.

En lo académico trabajó en Botánica Sistemática y describió una familia (*Halophytaceae*) y descubrió un nuevo género (*Benthamiella*). Trabajó en Fitogeografía y armó la fitogeografía de la Patagonia que todos usamos luego. Trabajó en Ecología y armó un marco conceptual revolucionario para el control de malezas, el estudio de la desertificación en la Patagonia, la preservación de la biodiversidad y el desarrollo de sistemas sustentables de uso de los recursos. Trabajó en Fisiología y sentó las bases para el estudio de la fisiología de la germinación y de la resistencia a la sequía en una época en que la fisiología estaba en pañales. Él hizo sus estudios de post-grado bajo la dirección de Went, quien hacía poco tiempo había descubierto las auxinas. El trabajo de intensificación de Rodolfo Sánchez fue sobre los efectos del Fitocromo sobre la germinación de semillas de chamico. El fitocromo había sido descubierto hacía sólo unos años. En la época en que él ganó el concurso para enseñar Fisiología en la Facultad de Agronomía (UBA) aún no se habían descubierto las C_4 ni las CAM!

Lo más relevante, sin embargo, fue su extraordinaria capacidad para rodearse de colaboradores y promoverlos. En todas las áreas de la Fisiología y la Ecología en que incursionó dejó discípulos que profundizaron su obra. Tenía una manera muy especial de lograrlo: apoyaba casi cualquier idea original aunque no estuviera seguro de que se pudiera llevar a cabo. Parecía como si pensara -Yo hice cosas que a cualquiera le hubieran parecido una locura. ¿Porqué voy a frenar a otros? En todo caso, si no sale será parte del aprendizaje-. Era extremadamente generoso. No usaba a la gente, y tampoco la reemplazaba. Su puerta siempre estaba abierta.

Él se divertía trabajando. A veces decía -ya sé que esta no es una opinión correcta gremialmente, pero no entiendo por qué no les pagan más a los basureros que a mí, si yo hago lo que me gusta y ellos hacen lo que a nadie le gusta-. Siempre estaba a la vanguardia de las nuevas ideas desde el anillado de raíces para medir su crecimiento hasta los fractales. Leía para todos. En cualquier momento te podía golpear la puerta para discutir el último artículo aparecido sobre el tema de uno. O

bien para darte una separata interesante. Disfrutaba haciendo los experimentos con sus propias manos. Recuerdo su profunda desazón cuando a un becario le robaron todos los datos del que él sabía era su último experimento en invernáculo (hará unos 5 años).

Era muy optimista y positivo. Cantaba ópera, saltaba los alambrados, preparaba el desayuno para todos, en ese entonces una catering de becarios de 20-25 años a quienes nos costaba soltar la almohada. Era austero pero no como una forma de autoflagelarse. Realmente era feliz con poco. Se contentaba con salame, vino y queso. Recuerdo cuando Damián Ravetta, en aquel entonces intensificando, se había esmerado preparando un guiso en Río Mayo. Era de esos guisos riquísimos para muchachones como nosotros: grasoso y picantito. Damián, ansioso, le preguntó al jefe -¿Está bueno el guiso?

Y el jefe, entre discreto y compasivo, respondió -Y... está calentito.

En otra oportunidad, paramos a almorzar en Trelew y le trajeron un bife de chorizo gigantesco. Cuando estaba por la mitad me dijo -¿lo querés terminar? A esta altura yo gasto más energía en masticarlo que la que me provee como comida-. ¡Toda una lección de ecología!.

Era muy solidario en la convivencia en el campo. Una vez teníamos que regar unas parcelas durante todo el día. Cuando estaba cayendo el sol, "el jefe" se fue a la casa. Nosotros pensamos algo así como "está bien, pobre, ya está grande para bancarse esta locura". Cuál no sería nuestra sorpresa cuando lo vimos aparecer dos horas más tarde, ya casi de noche, a bordo de la camioneta con una cacerola de tallarines humeantes que había preparado con su becaria Adriana Kantolic.

No quiero pintarlo como un santo porque era un hombre. Era muy apasionado, a veces hasta la irracionalidad. Cosa inesperada en un científico de su valía. Recuerdo que en uno de esos largos viajes en camioneta estábamos yendo desde Río Mayo hasta Neuquén donde José Paruelo y yo teníamos que presentar un trabajo. Voy a adoptar el estilo del jefe, ocultando los nombres reales de las personas. En la camioneta viajaba también un becario, Andrés Muñoz, que ya nos había sacado de las casillas a todos en distintos momentos. En ese momento le tocó "al jefe". Soriano estaba tan enervado que se trenzó con Andrés en una discusión de más de una hora sobre un tema totalmente trivial.

Discutían sobre “¿porqué es cara la molleja?”. Uno decía que porque había poca y el otro que porque era muy rica. ¡Y hasta argumentaban! Uno llegó a decir (creo que Soriano) que si fuera porque había poca entonces el ojo debía ser carísimo. Nunca pude saber cómo siguió ese viaje después de Neuquén.

Fuera de esos momentos de irracionalidad (tampoco tan frecuentes), se podía hablar con él de cualquier cosa. Realmente nada de lo humano le era ajeno. Veía desde lejos: era el bombero ideal cuando cualquier conflicto en la Cátedra amenazaba con transformarse en incendio. Inclusive muchos de los que le hicieron la guerra como estudiantes en los '70 se acercaron a él cuando ya fueron padres o profesionales. Estaba muy informado de lo que ocurría en el mundo. Era totalmente ajeno al paradigma del científico encerrado en la burbuja de cristal. Comentaba permanentemente las noticias del diario o de La Chacra.

En cambio, lo trivial no le interesaba. Recuerdo que cuando Perla, su esposa, aún no se había enfermado organizaban reuniones de fin de año en su casa de Castelar. Cuando se hablaba de fútbol, política partidaria o chismes del ambiente científico, muchas veces se iba a jugar con los chicos, hijos de sus discípulos.

Era profundamente religioso. Pero en serio. Él creía en serio. Lo suyo no era una pose, él estaba profundamente convencido, tenía realmente fe. En sus últimos meses, varias veces fui a visitarlo a su casa, cuando ya estaba postrado por la enfermedad. A medida que me iba acercando aumentaba mi miedo de encontrarlo vencido. Y sin embargo él siempre me sorprendía. Seguía generando ideas nuevas, estaba lleno de entusiasmo y fe en que se iba a curar. No era una fe ciega, se la pasaba leyendo artículos sobre el funcionamiento del cáncer. Alguna vez le pregunté -¿cómo encuentra Ud. esa fuerza?

Me contestó -es que viene de afuera, la Divina Providencia me asiste.

Y él realmente creía eso, él sentía a la Divina Providencia, confiaba en ella. Incluso él en su libro afirma que fue ella la que lo puso en contacto con la Patagonia.

La suya era una religiosidad verdaderamente basada en el amor al prójimo. Nunca discriminó por razones políticas, raciales o religiosas. Antes bien, nos albergó a todos, con un profundo respeto por la diversi-

dad. Pero de nuevo, no era un respeto meramente formal. Él estaba realmente convencido de que había que preservar la diversidad. Su razonamiento era muy ecológico: el todo es más que la suma de las partes porque entre las partes hay interacciones. Entonces hay que preservar las partes y generar un ambiente apto para que se potencien las interacciones.

Su legado de discípulos, el IFEVA y la Escuela para Graduados demostraron que el altruismo es más exitoso que el egoísmo. Aún en un sistema como el científico en que las presiones conducen a que cada uno cuide su quintita y maximice su producción individual. Él apostó a crear una quinta grande para muchos, donde cada uno puede producir mucho y bien en interacción con los otros. No le importó pagar el costo de tener unos "papers" menos en su *curriculum*. Él estaba seguro de que con esa política esos "papers" de menos se iban a ver mucho más que compensados con la generación de ideas y conocimientos para la humanidad por parte de todo el grupo. Si él no nos hubiera hecho un lugarcito cuántas de las ideas que nosotros generamos no hubieran ni siquiera nacido...

RODOLFO GOLLASCO

Es un placer y un honor participar, aunque sea desde lejos, en este homenaje al Ing. Agr. Alberto Soriano, el “Maestro Soriano”, como lo llamamos cariñosamente sus discípulos.

Durante una larga jornada podríamos ocuparnos de los logros científicos del Maestro Soriano: sus contribuciones señeras al conocimiento de la taxonomía de géneros importantes de la flora del país, de la germinación de plantas cultivadas y de malezas, del estrés hídrico y de las adaptaciones de las plantas a la sequía, de mecanismos de invasión de malezas y de la ecología de pastizales, entre muchos otros. No obstante, cuando me pregunto cuál ha sido el legado de Soriano a sus colegas, a sus alumnos y a las futuras generaciones de académicos, agrónomos y estudiantes, aún estando muy consciente de sus extraordinarios logros en la ciencia básica y en la Agronomía, no son ellos los que ocupan el lugar más destacado en mi mente y mi corazón. Mis recuerdos más cálidos y permanentes del Maestro Soriano, su regalo más valioso y duradero, ha sido su extraordinaria calidad humana, su devoción incondicional por los valores éticos y profesionales y su integridad a toda prueba.

Ingresé a la Facultad de Agronomía en 1960 con la esperanza de adquirir una formación profesional que me permitiera trabajar como Ingeniero Agrónomo y poder hacer una contribución a la agricultura del país. Al año siguiente tomé el curso de Fisiología Vegetal y Fitogeografía

¹²Texto leído durante el acto de descubrimiento de una placa en honor a Alberto Soriano, el 21 de octubre de 1998, momento desde el cual la Escuela para Graduados de la Facultad de Agronomía lleva su nombre.

con el Profesor Soriano y entonces mis perspectivas académicas y mis objetivos profesionales cambiaron para siempre. La razón de esos cambios tan importantes fue que a través de sus clases Soriano me dio a conocer el mundo fascinante de la ciencia básica, de las plantas y de los secretos de la Fisiología Vegetal. Igualmente importante, me inspiró a descubrir una parte de mi ser que yo no conocía, que ama la ciencia y el conocimiento, y que se apasiona con la oportunidad de descubrir un detalle nuevo de cómo una planta vive y funciona. Y yo no sabía nada de ello cuando asistí a la primera clase de Soriano.

Perdura en mi memoria el estilo didáctico de Soriano. Su habilidad para interesar a los alumnos en el tema que se estaba tratando por medio de preguntas frecuentes y de diálogos animados. Y el uso de esas herramientas para introducirnos en el método científico. Su habilidad para señalar cuáles eran las preguntas válidas y útiles y cuáles los prejuicios y las preguntas antropocéntricas. Y todo esto mientras asimilábamos una gran cantidad de conocimiento e información.

Recuerdo que en una ocasión yo había estudiado el tema a tratar y durante la clase Soriano hizo una pregunta relacionada con un gráfico que recordé haber visto. Como de costumbre, más de una docena de compañeros de clase levantaron la mano para responder a la pregunta y las respuestas esbozadas por los dos primeros no fueron acertadas. A continuación, otros compañeros trataron de contestar en forma un tanto desordenada y Soriano a todos les prestaba atención tratando de identificar la respuesta correcta. Yo recordé que en el gráfico del que estábamos hablando había dos curvas que se cruzaban y arriesgué una respuesta -donde las curvas se cruzan-.

Soriano respondió de inmediato -¡eso es un prejuicio!-.

La importante lección ofrecida era que aprenderme la forma del gráfico no era lo importante, que lo que debía hacer era entender las razones que hacían que el gráfico se viera de esa forma. ¡Inolvidable lección sobre la diferencia entre forma y contenido!

También recuerdo su extenso conocimiento de la Botánica y la Fisiología Vegetal, la claridad con que enseñaba la materia, y la paciencia y atención con que respondía a nuestras preguntas fuera de las horas de clase. En las clases de Fisiología Vegetal que yo dicto en la Universidad de California en Los Angeles trato de usar el mismo enfoque, aunque sin falsa modestia debo señalar que es muy difícil imitar al Maestro.

Durante toda mi carrera en la Facultad de Agronomía, él fue el único profesor que se mereció una huelga estudiantil en su contra y ahora rescato este hecho como una de sus virtudes. Entendí muchos años después que el incidente representaba el conflicto entre un pionero del saber, comprometido a elevar el nivel de su disciplina hacia los niveles de excelencia de centros de avanzada, y la reacción natural del ambiente a resistir el cambio. Me enorgullece recordar que el Maestro Soriano mantuvo sus principios y resistió todas las presiones que exigían que bajara el nivel de sus clases. Su inquebrantable voluntad y motivación se reflejan claramente en otra anécdota. Muchos años después, ya en los Estados Unidos, pasé por un período largo en que no había escuchado nada del Maestro. Inesperadamente, en una reunión científica, me encontré con un colega británico que venía de pasar un par de meses en la Facultad de Agronomía. Con mucho interés le pregunté por el Ing. Soriano. Me contestó -está muy bien, lo único es que los estudiantes le acaban de hacer una huelga-...

En el año 1983, fui invitado a escribir una revisión sobre la fisiología estomática para el *Annual Review of Plant Physiology*. Consciente de que éste era un hito en mi carrera, hice una pausa para reflexionar sobre la circunstancia y para preguntarme cómo había llegado a este punto. La figura del Maestro se delineó claramente como un factor decisivo. Le dediqué la revisión y Soriano me lo agradeció en una carta que conservo con mucho cariño.

La carta dice: "Con gran emoción leí tu carta y la dedicatoria de tu revisión sobre los estomas. Independientemente de que sea uno el protagonista de la cosa, me parece que es realmente para regocijarse que la comunicación intelectual y afectiva entre dos personas pueda ser experimentada al margen del tiempo y en ausencia de una relación asidua. Siempre pensé que esto es así pero tu delicadeza me produce la alegría que siempre da el comprender la riqueza de humanidad que hay en el hombre concreto".

Lo visité hace 6 ó 7 años, no lo recuerdo exactamente. Conversamos largamente sobre la Fisiología y sobre la enseñanza y sobre las huelgas estudiantiles y sobre la esperanza de un mundo mejor, y sobre Dios. Me despedí de él sintiéndome muy afortunado de conocer a un gran académico y profesional, pero por sobre todo a un ser humano excepcional.

Gracias, ¡Maestro Soriano!

EDUARDO ZEIGER

No es una exageración decir que la percepción más generalizada entre las 40 promociones de Ingenieros Agrónomos aquí representadas es que el Ing. Soriano nos enseñó a pensar. Es cierto que esa percepción no se hizo carne en todos en la misma etapa de su desarrollo como agrónomos. En algunos de nosotros, que en nuestras mocedades rechazamos las opiniones y esfuerzos de Soriano como inapropiadas o hasta nocivas, esa percepción no cuajó hasta algún tiempo después de egresar, cuando la realidad se encargó de mostrarnos las ventajas de poseer la capacidad de pensar. Pero tarde o temprano, todos hemos arribado a una conclusión similar. Haber logrado enseñarnos a pensar de una manera diferente y más efectiva es uno de los frutos más importantes de los esfuerzos y la pasión puestos en la docencia por Soriano en los 40 años que nos separan de ese 1957 cuando ingresó a la Facultad para hacerse cargo de la materia Fisiología Vegetal y Fitogeografía.

Hubiera sobrado como justificativo de este homenaje haber tenido, en el desempeño de tantos profesionales, un impacto tan significativo y reconocido como el que acabo de señalar. Sin embargo, las contribuciones de Soriano a la agronomía argentina, tal como hoy las podemos apreciar, van mucho más allá. Estas contribuciones están enraizadas en una serie de características que hacen de Soriano un personaje singular en nuestro medio, y ellas merecen algún comentario.

Una de sus características más notorias es su curiosidad. Curiosidad en cuanto a cómo funcionan la naturaleza, los individuos y la

¹³Comentario efectuado durante un acto de homenaje a Soriano, organizado por egresados de la FAUBA en la Fundación Navarro-Viola en noviembre de 1997.

sociedad. Curiosidad que se ejemplifica en los periódicos redescubrimientos de uno de sus primeros amores, la estepa patagónica. Cada nueva fase de esta prolongada relación se ha caracterizado por abordajes desde distintos ángulos y con nuevas herramientas. Curiosidad que se refleja en una constante búsqueda y renovación de temas de investigación, y en un genuino e informado interés en cuestiones que van desde la taxonomía y biología molecular hasta los sistemas de información geográficos y los fractales. Curiosidad que se refleja en su interés por entender cómo los alumnos aprenden y cómo se puede identificar medios para entusiasmarlos y hacerlos partícipes activos de ese viaje de exploración por la naturaleza y la historia de la humanidad que resume la formación agronómica. Curiosidad que se extiende a interesarse acerca de cómo el conocimiento se difunde en la sociedad o entre el gremio de agrónomos.

Firmes convicciones y una gran constancia lo han llevado a Soriano a argumentar y trabajar a favor de algunas propuestas de manera coherente y sostenida a través de los años. Esto ha llevado a cambios importantes y claramente perceptibles en el actual panorama de las ciencias agropecuarias en la Argentina. Dos ejemplos de ello son la noción de que el método científico debe jugar un papel importante en la investigación y en la generación de tecnología agropecuarias, y de que el progreso de las ciencias agropecuarias está íntimamente ligado a la educación de aquellos que practican la disciplina. El intento fallido de la Escuela para Graduados en Castelar en la década del '60 debió mucho al esfuerzo de Soriano, y la actual EPG de la Facultad de Agronomía de la UBA tiene una deuda, si se quiere, aun mayor con él.

Yo he tenido, junto con otros, el privilegio de vivir el pasaje de la prédica, basada en principios generales, acerca del valor del uso del método científico en Agronomía a la vivencia directa de ejemplos concretos de su aplicación exitosa en la Argentina. Estos incluyen una real comprensión de los procesos involucrados en la invasión y perpetuación del sorgo de Alepo, y de cómo funcionan los componentes de la estepa patagónica en relación con el pastoreo y las condiciones ambientales. Como en otros temas, nuestra visión actual de cómo funcionan las malezas en los cultivos y cómo se podría manejar la explotación de la estepa tienen su raíces en la prédica y el ejemplo de Soriano. Tampoco debemos olvidarnos de: 1) que estas cosas se lograron en la Argentina, en un ambiente muy poco propicio para la investigación y la

actividad académica, y 2) que hoy tanto nuestros egresados de la EPG cómo las investigaciones agronómicas efectuadas bajo estos principios gozan de prestigio internacional.

Otra característica notoria de Soriano es su combinación de visión y audacia. Soriano es la antítesis de aquella definición de Oscar Wilde del cínico como una persona que conocía el precio de todas las cosas pero ignoraba el valor de las mismas. Para Soriano, si la cosa tiene valor, poco importa el precio. Esto lo ha llevado a veces al padrinazgo de empresas tan adelantadas a su tiempo que no llegaron a nada (por lo menos en lo inmediato), pero también lo ha llevado a luchar por modalidades de trabajo, proyectos de investigación y proyectos educacionales que han sido exitosos. Gracias a esa audacia, la Agronomía argentina tiene hoy un capital humano muy diferente al que hubiera tenido en ausencia de Soriano.

Es un lugar común que Soriano ha formado escuela. Podríamos preguntarnos porqué. La respuesta probablemente sea compleja y, a la vez, insuficientemente explicativa. Sin embargo, no es demasiado difícil identificar algunas de las causas importantes. Una ha sido la permanente actitud de abnegación y generosidad de Soriano. Una y otra vez ha iniciado temas de investigación de importancia significativa que luego ha delegado en alguno de sus discípulos, dándole espacio para crecer y la protección necesaria para que ese nuevo retoño se establezca, crezca y se haga independiente. Otra raíz importante de esta capacidad para formar escuela ha sido la habilidad de Soriano de concentrarse en las virtudes de las personas y hacer caso omiso (lo que difiere de no saber identificarlos) de los defectos. En materia de defectos, las únicas causas de no aceptación eran la falta de genuino entusiasmo y la falta de responsabilidad por la tarea emprendida. Cada vez que uno lo piensa, sigue asombrando la diversidad de orígenes sociales, convicciones políticas y creencias religiosas de los que han crecido bajo la tutoría de Soriano.

Para cerrar, quiero referirme a algunas características de Soriano que tal vez tengan poco que ver con la Agronomía pero mucho con la admiración y respeto que muchos sienten por él. Me refiero a su fuerza moral y su capacidad de distanciarse de los hechos inmediatos para verlos en una perspectiva histórica. Estos atributos no solamente le han ayudado a salir de muchas derrotas sin perder el equilibrio y caer en la

amargura y el resentimiento, sino que han permitido que su ejemplo y su esfuerzo ayudasen a muchos a salir de pozos quizás bastante menos profundos que el pozo en el que él mismo se hallaba simultáneamente sumido.

Soriano, estoy convencido de que, para ponerlo en términos diplomáticos, Ud. hubiera preferido no escuchar todo lo dicho. Si puede, excúselo y permítanos expresar nuestra alegría hoy que celebramos haberlo conocido, y hoy que le decimos: muchas gracias.

ANTONIO HALL

Apéndice

Un ecólogo en la Patagonia¹⁴

La Patagonia, más que un espacio físico, es un ente de ficción que sólo existe en la imaginación enajenada de los que la buscaron y de los que creen vivir en ella. Ya hizo desvariar al adelantado Arias Pardo Maldonado, quien, enviado a conquistarla bajo el nombre de reino de Tralalanda, volvió describiendo sus habitantes como seres altos y monstruosos, de pies enormes, cuyas orejas les servían de mantas. En 1832-34 recibió las visitas de Darwin, que encuentra en su entorno dos de los tres principales hitos de su aventura en el Beagle ('Viaje de un naturalista alrededor del mundo'): el hallazgo de fósiles y el aspecto de los fueguinos, a los que incluye entre las 'criaturas atrofiadas, míseras y desgraciadas' de la Humanidad. Sobre este territorio han escrito multitud de autores contemporáneos, desde el "nativo" Luis Sepúlveda ('Patagonia Express') hasta Bruce Chatwin, a quién dicho territorio inspiró el que, según Sepúlveda, es uno de los mejores libros de viajes jamás escrito ('En la Patagonia'). Todos hemos querido ir, alguna vez, a ese fantástico Sur.

Alberto Soriano había sugerido que le acompañara en uno de los viajes que, año tras año, durante más de medio siglo, venía realizando al amplio territorio del Chubut para hacer sus observaciones de campo. Por coincidir los períodos favorables para la visita con los de mis obligaciones lectivas, no había podido aceptar todavía su invitación cuando le sobrevino la muerte, en 1998. Hace muy poco me entregaron en mano, de parte de sus herederos, dos copias de su libro póstumo 'Andanzas de un ecólogo en la Patagonia' que acaba de ser editado por la Sociedad Argentina de Botánica. La lectura del libro me ha causado tan viva impresión que, semanas después, mi imaginación sigue todavía en esa mítica tierra. Por fin he podido conocerla, y lo he hecho de la mejor forma posible, de la mano de Alberto Soriano.

¹⁴Crítica al libro "Andanzas de un ecólogo en la Patagonia" publicada en Revista Crítica de libros SABER/LEER Nº 141 (2001), Fundación Juan March, Madrid.

El revés de la trama

Éste fue el título de la versión castellana de *The man within*, conocida novela de Graham Greene, y así titula Soriano la introducción a su libro, dando a entender que lo que se propone es mostrar la urdimbre que tejen las circunstancias -más que la voluntad- para encauzar el destino de las personas; los elementos de nuestra vida que 'quedan misteriosamente encubiertos por los dibujos que el lápiz despliega ante los ojos de quienes sólo miran el haz'. Como explicaremos más adelante, en el caso de Soriano, el haz muestra todos los elementos de una carrera científica de primer orden, centrada en la Patagonia.

Por varias razones, no es este el libro de memorias al uso. En primer lugar porque -aunque escrito al final de su vida- el autor no hace uso de la memoria para escribirlo sino de las anotaciones marginales que fue acumulando en sus cuadernos de campo a lo largo de los años: todo lo narrado tiene la precisión y la vivacidad de lo que está ocurriendo en ese momento o de lo que acaba de ocurrir. El tiempo y la distancia aparecen casi de incógnito, para dar paso a otra variable, aleatoria y caprichosa, cual es la frecuencia de paso de vehículos en la dirección deseada.

Otro aspecto que lo aleja de lo meramente autobiográfico es que casi nada y casi nadie aparecen con su nombre auténtico. Como señala su discípulo M.R. Aguiar en el prólogo, los únicos personajes a los que no cambió el nombre fueron, probablemente, él mismo y el viento. Algunos de los disfraces no son ciertamente crípticos. Así por ejemplo, el Dr. Baron Méndez corresponde al conocido fisiólogo Dr. Braun Menéndez, Hultén es el famoso Bernardo Houssay, Lemaire es el admirado Luis Leloir, y el botánico Raimundo Podestá es sin duda el maestro de Soriano, Lorenzo Parodi. A pesar de retener su identidad, Soriano aparece en el relato con una gran discreción, ya que casi siempre se limita registrar hechos y situaciones con precisión de taxónomo. Sus opiniones apenas se traslucen en el humor refrenado y el sereno optimismo que impregnan lo narrado, humor y optimismo que ocultan el hecho de que, mientras escribía, asistía personalmente a su esposa Perla, afectada de una trágica enfermedad crónica.

El azar y las salicornias

Según cuenta el autor, nada le hacía presagiar lo que sería su vocación austral. Todo fue culpa del azar y de las salicornias. Podestá (Parodi)

había convenido con él que su tesis doctoral versara sobre las Quenopodiáceas, familia botánica a la que pertenecen humildes hortalizas, como la acelga y la espinaca. Una tarde, le enseñó una planta de herbario sin clasificar y le sugirió que podía tratarse de una quenopodiácea, tal vez pariente de las salicornias: '-Ud. Tendría que ir a la Patagonia a buscar esta planta- me dijo sin mirarme. Y agregó, -El doctor Emilio Baron Méndez podría facilitarle el viaje-. Los Baron Méndez tienen muchas estancias y relaciones en la Patagonia'.

El primer problema que planteaba tal mandato era que la accesión del herbario, recogida hacía medio siglo e inclasificable por carecer de flores y frutos, sólo tenía en la etiqueta una escueta anotación, Colonia 16 de Octubre, Chubut, 1893, y tal lugar no se encontraba señalado en ninguno de los mapas disponibles. Después de muchas pesquisas, se concluyó que dicha anotación debía corresponder a un valle al sur de Esquel, que había sido explorado y bautizado por el coronel Fontana en 1885, cuando los galeses extendieron su asentamiento por esa zona.

Logra llegar a la mencionada ciudad provisto de cartas de recomendación de 'Baron Méndez', que le facilitan, varios días después de su llegada, una plaza entre la mercancía de un enorme camión que debe atravesar el hipotético lugar de origen de la no menos hipotética salicornia. En plena subida de una cuesta, divisa unas hojas como las que va buscando y organiza un pandemónium en la caja del camión para hacerse oír por su conductor. Salta al suelo y corre en busca de su presa, que resulta ser la planta buscada, pero que no es una quenopodiácea sino una vulgar euforbiácea. El conductor enfurecido le informa que esa porquería -por la que le había hecho parar- enloquecía a los caballos que la comían. Soriano había iniciado en ese momento lo que llegaría a ser más de medio siglo de aventura patagónica.

Transporte

La narración tiene una estructura peculiar, ya que elude la exposición cronológica y agrupa las experiencias según cuatro apartados que tratan respectivamente del transporte, las explotaciones pecuarias, los hospedajes y el ambiente bosque. Sin embargo, estos encabezamientos engañan porque el texto fluye sin fisuras como una descripción continua de insólitos especímenes de la especie humana y un reflejo preciso de los variados paisajes patagónicos.

Tantas horas de viaje o de espera del transporte oportuno no podían menos que rendir un fantástico anecdotario al cual se dedica una parte del

libro. Para cuando se empezaron a pavimentar las primeras carreteras patagónicas, Soriano había recorrido ya todos los caminos que figuraban en los mapas del Instituto Geográfico Militar e infinidad de otros que no figuraban en él. Al principio, los viajes eran 'a lomos de camión', en los lentos -hoy extintos- trenes patagónicos, en renqueantes automóviles de estancieros, a caballo o a pie y, más tarde, en vehículos más o menos oficiales y hasta en avioneta.

La lentitud del transporte era, a veces, una ventaja, pues permitía examinar la flora: desde trenes que iban a paso de hombre se podía herborizar y una serie de cinco pinchazos, camino de la lejana estancia del conductor del automóvil, un boer, permitió el descubrimiento de un nuevo género botánico, *Benthamiella*.

Además, ante las repetidas bifurcaciones no señaladas en los mapas, era frecuente perderse. Perdidos llevaban todo un día camino de la Estancia Quemul, sin ver 'ovejas, ni alambrados, ni viviendas, ni gente' cuando encontraron un hombre: 'Parecía sordo, o quizás estaba agobiado por la soledad. (¿Qué hacía aquel hombre, allí, erguido de frente al viento, casi mineral, lejos, por lo menos más allá del horizonte, de su rancho o cobijo?)'.

Avanzada la noche, divisan al fin, en la lejanía, una luz de queroseno, que resulta ser la de un boliche: 'Al ruido del motor, salió el "turco" a recibirnos... Cuando nuestro jeep entró en el cono iluminado de su farol, el hombre quedó perplejo un momento contemplándonos, y luego, volviéndose hacia el hueco de la puerta comenzó a gritar: -Vengan, vengan todos-. ¡Mira cómo los hacen ahora!'. Como si hubiera aparecido lo que hoy llamamos un ovni.

Estancias y campos de pobladores

La parte más extensa del libro se refiere a las peripecias que tienen lugar en las estancias, explotaciones ganaderas bajo la supervisión de un administrador que representa a una sociedad anónima, y en las fincas de los pobladores. En torno a ellas gira su labor científica y en ellas debe encontrar un cobijo compatible con lo escueto de sus becas -unas veces en las habitaciones de invitados y otras en las del personal-.

La primera de estas experiencias tiene lugar en la Estancia La Purita (en la realidad, La Pepita). Gracias a la carta de presentación de Baron Méndez, es recibido de forma cortés y almidonada por los administradores, los Ross,

un matrimonio entrado en años. A la hora de la cena, se los encuentra de punta en blanco, en particular la corpulenta señora Ross, con un traje largo de colores vivos y zapatos de lamé: ‘-Seguramente le gustará escuchar esta balada de un poeta australiano, y comenzó a leer con su voz un tanto áspera-’. Soriano cree estar soñando: ‘Yo, Alberto, me encontraba en una estancia en medio de la Patagonia escuchando la lectura de una balada australiana, mientras bebía a pequeños sorbos un brebaje dulzón, desconocido para mí, y observaba el rítmico balanceo del pie derecho de la dama lectora, calzado en lamé’.

El libro de Soriano tiene en común con los de Sepúlveda y Chatwin una tipología humana de seres alienados por la distancia, el aislamiento, la huida o la inclemencia del tiempo, pero aporta además algo que dichos libros no incluyen: los paisajes y la vegetación. Con Soriano podemos vivir los desiertos de halófilas, los eriales de “colapiche” (*Nassauvia glomerulosa*), los salitrales, los valles fluviales y las serranías, las estepas de “coirón blanco” y de “coirón amargo”, o las florecidas de *Verbena*, *Calceolaria* y *Alstroemeria* y, de modo especial, los solitarios bosques patagónicos de ñires retorcidos y de nobles alerces.

Tratar de explicar la naturaleza y utilidad de sus investigaciones botánicas a aquellos estancieros y pobladores -obsesionados por la raza de sus ovejas- resulta tan difícil como ineludible. Después de muchos años de amistad, en una de las últimas visitas a los Ross, tiene todavía que escuchar la frase: ¿Alberto, qué vas a hacer cuando seas grande? No podían concebir entonces que el pastoreo excesivo acabaría degradando los pastizales, como puede constatarse en amplias zonas de la Patagonia actual.

Soriano fue el primero en advertir de este peligro -de que a la larga se estaban matando de hambre a las ovejas- tanto por escrito como oralmente en exposiciones y ferias rurales. Tiene suficiente eco como para conseguir el apoyo de unos pocos a su plan de “clausuras”, una red de pequeños enclaves cercados para vedarlos al ganado. Se tienen así unos testigos del proceso de degradación y, además, unos lugares donde observar la posible regeneración del ecosistema.

De la práctica a la teoría

Soriano supo ver que es necesario entender los mecanismos que rigen el ecosistema para poder proponer pautas racionales de explotación. Ante tanta doctrina ecológica actual que discurre por ámbitos donde la ciencia

empieza a perder su nombre, él no se arredra en buscar los hechos feos y pequeños que hacen derrumbar a las más bellas teorías. El programa de clausuras parte de un modelo teórico, el de la Sucesión, que había sido desarrollado por Clements a principios de siglo.

Según el modelo, las especies se suceden unas a otras en función de sus propias características y de las del medio ambiente hasta alcanzar un equilibrio estable, denominado clímax. Cuando se producen interferencias ajenas, tales como el efecto del fuego o la depredación por animales domésticos, se produce un retroceso, que sigue a la inversa las mismas etapas que se siguieron hacia el clímax. Cuando desaparece la perturbación, se restablece el proceso de sucesión.

En las clausuras se predecía precisamente este restablecimiento, de acuerdo con el marco teórico expuesto. Los resultados no fueron congruentes con el modelo, lo que vino a sumarse a observaciones hechas en distintas partes del mundo que también resultaban discrepantes del dictum clementsiano. Soriano hubo de buscar otras herramientas conceptuales para enfrentarse a los problemas del pastoreo patagónico.

La teoría es un elusivo pájaro y pocos están dispuestos a contrastar sus elaboraciones con la dura realidad. Cuando Soriano empieza a escribir este libro, en 1993, tiene lugar la cumbre de Río y en los medios de comunicación abundan opiniones sobre temas ecológicos que no soportan el más mínimo examen crítico. Con gran indignación registra la opinión de M. Engelhardt aparecida en un periódico de gran difusión: "La Patagonia, cuando comenzó la colonización con la oveja, ... la nevadas y las lluvias eran más regulares. Paulatinamente el clima fue cambiando: hay menos nevadas y lluvias. La desaparición de los latifundios concurrió a que hubiese sobrepastoreo en los mismos campos y desapareciese la comida". No le parecía a Soriano que diagnósticos tan frívolos pudieran contribuir a la educación de la gente.

Personalidad

El poder casi nunca ha tratado bien a la ciencia en Argentina, que lleva años penando y que ahora vive un momento de especial alarma ante la amenaza de cierre de su principal institución, el CONICET (equivalente a nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas). De hecho, Soriano sólo recuerda dos breves periodos de bonanza, tras las revoluciones de 1943 y 1955, respectivamente. Sin embargo, este clima desfavorable no ha impedi-

do que a lo largo de varias décadas haya existido en dicho país una pléyade de científicos de gran relevancia, entre los que pueden citarse a los premios Nobel Houssay, Leloir y Milstein, al fisiólogo Braun Menéndez, al químico Deulofeu y al botánico Parodi, aunque la lista es mucho más larga. Soriano (1920-1998), discípulo de Lorenzo Parodi, pertenece claramente a esa brillante elite, como ecólogo de proyección internacional: en los grandes tratados que describen la ecología del planeta, los ecosistemas del Cono Sur han quedado a menudo bajo la tutela de Soriano y de sus numerosos y excelentes discípulos.

Se inició como botánico y nunca dejaría de serlo, aunque pronto evolucionó hacia aproximaciones más integrales al conocimiento de la naturaleza, especialmente después de su estancia en CALTECH (1950-52), en el grupo de Frits Went. La descripción de una nueva familia botánica, las Halophytaceas, y de un nuevo género, *Benthamiella*, pariente del tabaco y de la patata, constituyen sus principales contribuciones a la ciencia de Linneo. A él se debe la primera descripción fitogeográfica completa de la Patagonia, que logra terminar en 1956 y que incluye un estudio pionero sobre el efecto del uso pecuario sobre la heterogeneidad de la región.

En 1954, estableció una red de clausuras al pastoreo que le habrían de permitir estudiar los efectos de la explotación ovina sobre los ecosistemas patagónicos y llamar la atención con datos fehacientes sobre las consecuencias negativas de la explotación excesiva. Fue un adelantado en relacionar la estructura con el funcionamiento de la estepa patagónica y en propugnar el conocimiento funcional de los ecosistemas como base de una explotación agraria racional.

A principios de los años '80 creó el Instituto de Investigaciones Fisiológicas y Ecológicas Vinculadas a la Agricultura (IFEVA), que goza de una excelente salud intelectual en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, y fundó en dicha facultad la Escuela de Graduados, de la que fue director hasta 1997. Esta última actividad suya me deparó la inmensa suerte de conocerle. Como consultor para diseñar un plan de implantación del grado de Doctor de forma coordinada en diversas Facultades de Agronomía del sur del Brasil, Uruguay y Argentina, idea de Soriano, lo tuve de anfitrión en dos estancias de varias semanas. Me acompañó en innumerables visitas a instituciones académicas y políticas y en los viajes a diversas Facultades de Agronomía.

Nunca olvidaré su interpretación del paisaje, camino de la excelente Facultad de Balcarce, unos barracones prefabricados en medio de miles de

hectáreas de pampa. Posteriores invitaciones a la Argentina, incluida una para pronunciar una conferencia con motivo del centenario de Lorenzo Parodi, también respondieron, según tengo entendido, a sugerencias suyas. Con esta reseña quiero recordarle como argentino insigne, nacido en Buenos Aires, hijo de andaluces de Jaen. Estoy seguro que me lo volveré a encontrar algún día en la Patagonia.

FRANCISCO GARCÍA OLMEDO

Índice

ALBERTO SORIANO	
(ROLANDO J.C. LEÓN Y MARTÍN AGUIAR)	XVII
ANÉCDOTAS	
I (CARLOS MUNDT)	3
II (MARTÍN OESTERHELD)	5
III (ALEJANDRA MELLA)	7
IV (ADRIANA KANTOLIC)	9
V (MARTÍN R. AGUIAR)	13
VI (HERNÁN TREBINO)	19
VII (LUIS MENDONZA)	29
VIII (ALBERTO SUERO)	33
IX (ALBERTO D. GOLBERG)	37
X (SUSANA PERELMAN)	43
XI (ROLANDO J.C. LEÓN)	69
XII (FERNANDO VILELLA)	75
HOMENAJES	
XIII (JORGE BRUN)	79
XIV (NÉSTOR MARANGÓN)	85
XV (OSVALDO A. FERNÁNDEZ)	87
XVI (MARCOS FINK)	89
XVII (LAUREANO MONES CAZÓN)	91
XVIII (ALBERTO SUERO)	93
XIX (ÁNGEL MARZOCCA)	95
XX (RICARDO WOLOSIUK)	97
XXI (PACHO NAZAR)	101

DISCURSOS

XXII (JORGE V. CRISCI)	105
XXIII (MARTA GUTIERREZ)	107
XXIV (RODOLFO GOLLUSCIO)	111
XXV (EDUARDO ZEIGER)	117
XXVI (ANTONIO HALL)	121

APÉNDICE

Un ecólogo en la Patagonia

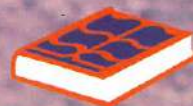
(FRANCISCO GARCÍA OLMEDO)	127
---------------------------------	-----

*Esta edición se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2004*

ORIENTACIÓN GRÁFICA EDITORA SRL

Gral. Rivas 2442 - C1417EXD Buenos Aires - Argentina
Tel./Fax (011) 4501-5427 / 4504-4851
E-mail:sergiowaldman@yahoo.com.ar
www.ogredit.com

Esta compilación está destinada a poner en contacto algunos rasgos (¿destellos?) de una polifacética personalidad con lectores interesados en conocer aspectos de la vida y las circunstancias de un hombre excepcional que, evidentemente, no se pueden entrever en sus trabajos científicos. Hemos compilado textos escritos por colegas, discípulos y/o amigos de Alberto Soriano que ilustran algunas de sus acciones y reacciones a lo largo de cinco décadas de su vida. Fruto de una convocatoria amplia en la que se privilegió la espontaneidad por sobre la planificación, creemos que esta compilación arroja luz sobre aspectos de la personalidad de Alberto Soriano desconocidos por quienes no convivieron con él en la actividad de la cátedra, o por aquéllos que eventualmente sólo compartieron con él el trabajo en comisiones y reuniones científicas.



EDITORIAL FACULTAD AGRONOMÍA
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES